



CENIT

— sociología —
ciencia — literatura

Editorial. — **Eugen Relgis:**
Entre la guerra y la paz. —
El tiempo. — **Ramón Liarte:**
El Anarquismo al día. —
Carpio Carpio: Mundo, tra-
bajo y sociedad. — ¡La le-
yenda del trabajo! — **Floreal**
Ocaña: Asesinato de Miguel
de Unamuno. — La coope-
ración libre. — **Luce Fab-**
bri: Entre la historia y la
utopía. — **Ricardo Mella:**
Ideario. — **Gerrero Lucas:**
Biafra. — **Anónimo:** La
mosca y la araña (fábula).
— Figuras españolas: Cer-
vantes. — **Vladimir Muñoz:**
Una tarde con Eugen Rel-
gis. — **Han Ryner:** La fuen-
te. — **Abarrátegui:** Don An-
tonio cantado.

184

Septiembre - Octubre 1968

REVISTA MENSUAL

PRECIO: 1,50 F.



Ayuntamiento de Madrid

Bad

NUESTRA PORTADA

LA esbelta silueta de la Giralda se recorta sobre el tosco madero en que fue crucificado el Cristo hispano por su amor a la humanidad. Pero esa catedral que eleva sus agudas torres hacia el intenso azul del cielo español, no es una joya de arte ni un templo de la fe cristiana; es la Iglesia española con sus inquisidores, sus hogueras y sus tormentos. Por eso su escalinata mana sangre, que gota a gota, sin interrupción después de siglos, rueda por los peldaños, moja la llaga roja como un clavel del pueblo martirizado, que se desangra día tras día.

Estos templos lavados con la sangre de todos los mártires de la libertad y del divino amor humano, no son la expresión del espíritu religioso de un pueblo, sino reflejo del fanatismo clerical, que bendice a los mercaderes que se enriquecen con la miseria del pueblo español y al tirano que ha montado su trono sobre un montón de calaveras.

GENIT

REVISTA BIMESTRAL DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y LITERATURA

REDACCION

Federica Montseny y Ramón Liarte

COLABORADORES

Vladimiro Muñoz, Evelio G. Fontaura, Hem Day, Campio Carpio, Eugen Relgis, Dr. Pedro Vallina, Germinal Esgleas, Renée Lamberet, Cosme Paules, José Muñoz Congost, Floreal Ocaña, Dr. Amparo Poch, José Viadiu, Víctor García, J. Guerrero, Severino Campos, Abarrátegui.

Suscripción anual:

Francia	9,00
Exterior	11,00
Precio de un ejemplar suelto	1,50

Giros: León Antonio, C.C.P. 2 738 77-Toulouse
4, rue Belfort, 2ème étage F-31 TOULOUSE

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)



★ REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA ★

Año XVIII

Toulouse, Septiembre - Octubre de 1968

N.º 184

EDITORIAL

El bolchevismo enemigo de los pueblos

ES rigurosamente cierto que un mal principio no puede desembocar en un buen fin. Lo que mal se comienza mal acaba. Y es que no se puede edificar un edificio gigantesco sobre cimientos movedizos, falsos. El hundimiento es inevitable. Desde el mismo instante en que el bolchevismo se apoderó del poder político, los militantes anarquistas denunciaron ante la opinión pública internacional, el crimen fraguado por los dirigentes comunistas contra la revolución rusa. Hombres clarividentes como el riguroso historiador Volín, nos presentó en su famosa obra «La Revolución desconocida», los métodos dictatoriales e inhumanos del comunismo totalitario que éste pusiera en práctica para ahogar una de las revoluciones más decisivas de la historia moderna.

Pero eran los tiempos del natalicio bolchevique. Numerosas inteligencias infantiles esperaban de la dictadura del proletariado nada menos que la panacea de la emancipación universal. Los anarquistas fuimos acusados de herejes, de irredimibles, de enemigos de la clase obrera, de pequeño-busgueses al servicio de la contrarrevolución. Todos los anatemas fueron lanzados contra nosotros. La Iglesia Roja sabía dónde tenía el enemigo más difícil de vencer. Había que arrancar de raíz el árbol frondoso de la anarquía, para que ésta no fuese más el brazo izquierdo de la revolución; el brazo y cerebro del comunismo con libertad.

Nuestro maestro, Rudolf Rocker, con amplia visión del socialismo y certero juicio revolucionario, había de escribir la obra más acabada contra el comunismo totalitario. En su libro «Bolchevismo y anarquismo», a manera de introducción, hace las siguientes afirmaciones que el tiempo y los acontecimientos se han encargado de confirmar. Helas aquí:

«Rusia se encuentra desde tiempo atrás en un estado de crisis, cuyas consecuencias tendrán un significado mucho más grande para el porvenir ruso que todos los anteriores acontecimientos que removieron el país durante la actual revolución. Los compromisos económicos del gobierno ruso con el capitalismo extranjero, la sublevación de Cronstadt, la guerra abierta a los anarquistas y sindicalistas declarada por Lenin en el X Congreso del Partido Comunista Ruso, las persecuciones horribles a los socialistas de todas las tendencias y partidos que no son bolcheviques, la crisis interna del mismo Partido Comunista, que ya originó ciertas diferencias entre el gobierno soviético y la Tercera Internacional, son todos síntomas cuya importancia no es posible desmentir y cuya incidencia en el movimiento obrero de los diversos países nadie debe ignorar. Debido a este significado extraordinario de la crisis para el movimiento socialista internacional, nos vemos obligados a tomar una abierta y decidida actitud en dicha cuestión, sabiendo bien que nuestra misión es por demás ardua y que está ligada a muchas responsabilidades.»

Preciso era tener una voluntad a toda prueba, una honradez sin tacha, una conducta impecable, una trayectoria rectilínea, para expresarse como lo hizo el anarquismo militante desde la hora exacta en que los bolcheviques se decidieron a estrangular la Revolución de Octubre

para crear el Estado por ellos concebido. No obstante, hemos tenido que pasar por un calvario de calumnias, insidias y ataques, hasta poder demostrar que nuestras afirmaciones revolucionarias eran, y siguen siendo, de una exactitud interior no superada por nada ni por nadie. A la vuelta de cincuenta años de experiencias comunistas dictatoriales, son todas las tendencias y sectores del mundo las que condenan el genocidio comunista estatal perpetrado contra los hombres y los pueblos. Y son los mismos comunistas sedientos de libertad quienes se rebelan contra el bolchevismo ruso, enemigo de la justicia social e incubador de un nacionalismo agresivo y violento que devora a los mismos hijos por él engendrados para saciar sus ansias repugnantes de predominio político y consolidar un poder autócrata al servicio de una oligarquía sin escrúpulos que pretende dominar por la fuerza del terror y el imperio de las bayonetas.

El asunto de Checoslovaquia no es un caso aparte. No es más que un nuevo eslabón de la cadena forjada en los talleres del P. C. ruso para encadenar y someter a los pueblos que avanzan hacia la libertad. La traición de Moscú a la causa manumisora de la liberación humana, debe ser condenada de tal manera que el bolchevismo no pueda clavar nunca más sus zarpas de hierro en el cuerpo palpitante de la geografía y la historia.

Lenín recogió la lección maldita de Robespierre para acabar con todos sus adversarios y enemigos. Al grito de «Enemigos a sueldo extranjero» se envió a los herbetistas a la guillotina. Los maximalistas fueron presentados como contrarrevolucionarios. Los insurrectos de Cronstadt no corrieron mejor suerte. ¡Qué cara hemos pagado tamaña experiencia! Los hombres tenían fe en la revolución triunfante. Hasta en los países latinos, de puro abolengo libertario y bakuninista, millares de trabajadores creyeron ver el el bolchevismo una trayectoria trazada hacia el anarquismo. Y es que los auténticos revolucionarios no se resignaban a ver una revolución traicionada, esperando el milagro social por todas partes.

Por ser de una elocuencia profética excepcional, seguiremos dando la pluma al maestro y vidente Rucker: «Esta misma actitud asumieron nuestros camaradas de Rusia y de los demás países. Hombres como Kropotkin, Malatesta, Domela Nieuvenhuis, Bertone, Sebastián Faure y muchos otros, que desde el comienzo fueron contrarios a los bolcheviques, al hallarse Rusia en peligro no dejaron un solo momento de defenderla de los ataques contrarrevolucionarios, no porque estuvieran de acuerdo con las ideas y métodos bolcheviques, sino porque eran revolucionarios y anarquistas.»

La fiera es incapaz de reconocer la generosidad del hombre.

Una ejecutoria digna y honrosa como la del movimiento anarquista mundial está a salvo de todo compromiso con los enemigos de la clase obrera de no importa qué bandería, nacionalismo o confesión. Cuando gritamos: «¡Hungria debe ser libre!», no aprobamos el crimen norteamericano cometido contra el pueblo vietnamita; cuando defendemos a Checoslovaquia, atacamos con la misma energía la doblez caínica del Vaticano y su apoyo a la devastación del pueblo biafreño; cuando pedimos libertad para España y Portugal, la pedimos también para Cuba y Rusia. El anarquismo no pacta con ningún enemigo del pueblo, la Casa Blanca, la C. I. A., el Vaticano, el Kremlin, Londres y Pekín, pasando por El Pardo y todas las rutas reaccionarias, conservadoras, fascistas, totalitarias y religiosas, han sido y serán barridas por el anarquismo militante porque somos la libertad que no se doblega, la revolución que no se rinde, la idea insobornable, la nueva organización del mundo que tiene por lema el amor y la fraternidad universales y universalistas.

Cuando la exquisita y deliciosa Hungria se alzó contra el bolchevismo, los sicarios del Kremlin denunciaron a este pueblo como servidor del imperialismo capitalista internacional. Difícil es repetir la misma faena. El truco estaba demasiado visto y no podía reponerse en juego. Ahora es Checoslovaquia, y a su lado la misma dirección del P. C. checo, quienes lanzan la protesta contra Brejnev y el gobierno de la U. R. S. S., porque los pueblos amantes de la independencia y la libertad luchan para dirigir sus propios destinos.

No se puede volver atrás. Los tiempos han evolucionado. La historia social ha cambiado de rumbo. Los 21 puntos de Lenín y Zinoviev han quedado partidos en mil pedazos. La Revolución desconocida, es estudiada y descubierta por el mundo intelectual y obrero. El anarquismo avanza, mientras los Partidos Comunistas se hunden en sus propias contradicciones. No hay más que un Comunismo justo y rebosante de generosidad humana: el comunismo libertario postulado por los anarquistas.

Entre la guerra y la paz

por EUGEN RELGIS

HE aquí algunas líneas del prólogo a un estudio sobre las guerras: «Estudiando las guerras desde el punto de vista de su evolución, tendremos una explicación general y completa de estos fenómenos. De este modo podremos darnos cuenta si ellos constituyen un bien o un mal para la humanidad, y cual debe ser nuestra actitud ante las interminables discusiones entre pacifistas y militaristas.» — (M. Fundatzeanu: «Sobre las guerras»).

¡Terrible objetividad científica! Parece que una máquina conectada a un megáfono, compone y lanza frases como las reproducidas más arriba. Solemne, impersonal e infaliblemente, ella — la ciencia — nos dirá si las guerras «constituyen un bien o un mal para la humanidad». ¿Estos científicos «objetivos» no son, acaso, capaces de experimentar por lo menos la emoción intelectual del sufrimiento ajeno? ¿El drama de la especie humana no tiene ninguna repercusión en su corazón? ¿Es posible estudiar las atrocidades de la guerra como si fueran meras piezas clasificadas en su museo?

Y cuando pensamos que una concha puede concentrar en sí misma toda la agitación de mar y repercutirla en ecos que parecen la respuesta natural de una cosa viva a otra cosa viva, deseáramos entonces que estos científicos «objetivos» fuesen llevados por algunos días a las trincheras, sometidos a la férrea disciplina de los soldados y lanzados juntos con ellos contra el «enemigo». Que vivan en carne propia la realidad de la guerra, y no que la estudien en su gabinete confortable. ¿Podrán discutir entonces, en su soberbia «impersonalidad» si la guerra constituye un bien o un mal para esta pobre humanidad masacrada? ¿O comprenderán finalmente qué verdad resuena a través de este grito del poeta Franz Werfel, el cual, sí, ha vivido la guerra?...
..

¿Guerra en la naturaleza? No. En la naturaleza sólo existe «la lucha por la vida», y esto significa, para el hombre: lucha por el dominio de la naturaleza. La guerra es un «invento» exclusivamente humano, surgido de la avaricia de posesión, fomentado por la sed de dominación y asentado sobre una moral falsa, injusta, forzada. Si hubiese una «moral» entre los tigres, entonces podría plantearse el problema de la guerra y la paz entre los tigres también.
..

Una cromolitografía que se vendía en beneficio de los inválidos, huérfanos y viudas de guerra, representa una escena de matanza en el «campo de honor». En medio de la batalla, como una figura angélica superpuesta a una visión infernal, está colocado el retrato de la reina del país, vestida de hermana de la Caridad. Debajo de su imagen, ella misma cita y firma con su puño y letra algunas palabras del Evangelio de Mateo, que rezan más o menos así: «Cuanto hayáis ayudado a uno de estos humildes hermanos míos, así a mí me habréis ayudado.»

Los «humildes hermanos» son los inválidos, huérfanos y viudas que figuran también ellos, en los ángulos del cuadro. No se podría parafrasear de una manera más altanera, más cínica (por no decir: más inconsciente) este otro versículo evangélico: «Quien da al pobre está prestando a Dios mismo.»

¿Es tan incurable, acaso, la necesidad de los hombres, de los de abajo, que puedan inclinarse ante una mediocre cromolitografía guerrera y patriótica, ante la imagen de una reina que quiso y tuvo también su guerra? De los que nacen, padecen y mueren en el «abismo del pueblo», olvidándose de los Redentores ensangrentados por las espinas, los clavos y las lanzas de los fanáticos, los tiranos y los verdugos de antaño y de siempre...
..

Decía Víctor Hugo, el poeta-ciudadano: «¡Deshonremos la guerra!» Nosotros creemos que eso es posible si deshonramos su causa primera, la política; esto es, la sed de poder.
..

Ningún precio es demasiado alto para evitar la guerra. Cualquier paz, hasta la «peor», es preferible a una guerra cuyos promotores consideran «justa».
..

Quien conquista una victoria en la guerra, se convierte en su prisionero, porque, como siempre, resulta que le es más difícil conservar tal victoria que ganarla.
..

En mi refugio de Yassy, durante los trastornos de la derrota, de 1916 a 1918, he escrito un librito:

«La literatura de la guerra y la era nueva», y los ensayos recopilados más tarde bajo el título «La columna entre las ruinas». Creía entonces que una época de desgracias había terminado. Ella continúa en nuestros días. La «era nueva» está siempre en atraso. Estoy obligado a repetir palabra tras palabra lo que decía hace veinte, hace cuarenta años. Porque desde aquel entonces he buscado la respuesta a algunas grandes interrogantes de la conciencia, que atormentaron a los que quisieron reaccionar con toda su hombría de bien y sus anhelos creadores, en un tiempo en que el crimen era colectivo (como lo es hoy también), cuando la psicosis de la guerra hacía estragos hasta entre los intelectuales que debían mantenerse por encima de la contienda absurda, para salvar lo que se llamaba «la independencia del espíritu».

La literatura de la guerra ha determinado en gran medida la prolongación y la «espiritualización» de la guerra. Sin diarios y libros, la guerra europea de 1914 a 1918 no hubiese persistido tanto, pues la imprenta (como la radio también, que no es más que un instrumento de propaganda estatista) suscita nuevas realidades que se manifiestan a través de hechos. Estos últimos no tienen otro substracto que la sugestión de algunas ficciones. La verdad es que estas ficciones idealizadas ocultan los intereses de las minorías dominantes.

La literatura de guerra sigue ejercitando en nuestros días su papel infausto, fuertemente apoyada por la literatura llamada revolucionaria. En mi librito he señalado las características patológicas de la literatura de guerra, características que se evidencian en la avalancha de impresos «revolucionarios» de todos los matices políticos, y que llevan el sello franco o encubierto del Estado. Por eso es que debemos concentrar todos los esfuerzos para promover la verdadera literatura: la universalmente humana. Ella recobrará su vuelo cuando el escritor cumpla su misión de creador libre y, por otra parte, cuando el lector sepa qué y cómo debe leer, ejerciendo una selección, es decir una censura moral, la única que consideramos necesaria y eficaz.

No rumies más, lector, todo lo que paces en los pastos de papel. Busca, entre las pletóricas hierbas de la mentira, las florecillas modestas de la verdad que purifica y renueva. Ya llegó el tiempo de separar el trigo de la cizaña.



¿Quién puede hablar del fin de la guerra, hoy, cuando sus focos persisten en todos los países, en todos los continentes? El profesor G. Fr. Nicolai, el autor de la «Biología de la guerra», sostuvo, entre los primeros que el perfeccionamiento técnico de la guerra conduce inevitablemente a su desaparición. Los argumentos del profesor son de orden biológico; hasta el progreso moral tiene — igual que el instinto pacífico — un substracto biológico. Los escépticos y los ignorantes, esclavos los unos y los otros del culto de la fuerza, rechazarán tales argumentos. Pero ellos son confirmados indirectamente por otro hombre de ciencia, por un técnico

genial, Marconi, el inventor de la telegrafía sin hilos, y de quien no se puede decir que fue también un ideólogo pacifista.

Cabe registrar, según «Die Wahrheit», de Praga, las declaraciones de Marconi. Datan de 1926, veinte años antes del advenimiento de lo que suele llamarse la «era atómica». Si los imperativos morales no bastan ahora para establecer el reino de la paz sobre esta tierra, entonces los progresos técnicos obligarán a los guerreros a conformarse con el deseo (o la amenaza) de la guerra; porque los descubrimientos científicos y los inventos técnicos serán cada vez más avanzados y, finalmente, tan perfeccionados que ningún Estado estará en condiciones de sostener una guerra de agresión. Los medios de defensa serán generalmente superiores a los de ataque.

Marconi creía que la radiotelegrafía contribuiría mucho a la desaparición de la guerra; y por la televisión (que estaba entonces en sus comienzos) el peligro de la guerra sería reducido al mínimo. Pronto, ni los barcos de guerra tendrán importancia alguna. Tampoco los submarinos serán tan eficaces en el desarrollo de las luchas; su presencia será percibida mediante ciertos aparatos de gran alcance (¿radar?) Será fácil la tarea de delimitar las regiones peligrosas, los depósitos de explosivos, los puntos estratégicos. El enemigo podrá ocultarse en las profundidades de la tierra o del océano; será descubierto, y la radiotelegrafía transmitirá en algunos instantes las órdenes de defensa. La ciencia puesta principalmente al servicio de la técnica militar, ha realizado sin embargo invenciones tan asombrosas en que los medios de defensa sobrepasan las fuerzas de destrucción. Los motores serán detenidos desde largas distancias mediante ciertas ondas electromagnéticas. También las substancias explosivas serán aniquiladas desde muy lejos por los mismos medios. Por eso Marconi — que, desde su yate, anclado cerca de la costa italiana, logró encender las luces eléctricas de Sidney, la gran ciudad de Australia — pudo declarar, en plena dictadura mussoliniana, su convicción de que el problema de la paz permanente ya no será por mucho tiempo un mero *desideratum*, sino que será resuelto por el incesante progreso técnico.

Pero este testimonio de Marconi en favor de la paz le ha sido impuesto *in extremis* por la realidad del progreso material. Un verdadero luchador por la humanidad no necesita estos argumentos forzados (y anticuados ya, por la guerra atómica y los últimos descubrimientos en el dominio termonuclear). En la conciencia de este luchador, la idea de progreso se confunde naturalmente con la idea de paz. Así, pues, cualquiera que sea el estado momentáneo del progreso técnico, el factor moral es determinante, y sólo él hará desaparecer finalmente la guerra entre los hombres.



Las profecías de algunos hombres de ciencia (como las del profesor Nicolai o de Marconi) acerca de la desaparición de la guerra, pueden suscitar la

sonrisa escéptica de los «realistas». Estos oponen a las utopías pacifistas los trágicos mentís de los acontecimientos que se sucedieron desde 1919 a 1939, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial. No ignoramos las profecías contrarias, de aquellos «realpolitikers» que siguen solamente a la lógica negativa de la guerra.

Demos aquí un ejemplo. Precisamente en el año en que se firmó el Tratado de Paz de Versalles, cierto «Rat», oscuro consejero de una pequeña ciudad alemana, se hizo célebre cuando tomó la decisión de proclamar ante el mundo sus predicciones acerca de tres nuevas guerras mundiales (cf. Otto Autenrieth): «Die drei kommenden kriege», ed. Tancré, Naumburg a. Saale). No necesitaba para eso gastar o malgastar mucha imaginación. Sino, haciendo uso de su propia razón empapada de sinrazones, de «fatalidades sociales», de la «lógica de los fenómenos económicos» y, sobre todo, de «imperativos nacionales», él profetiza friamente, con una crueldad que ignora las advertencias de la conciencia humana, los nuevos desastres que van a azotar a los pueblos. No se toma por lo menos la molestia de preguntarse cómo sería posible evitar esas desgracias.

En 1919, pues, el consejero Autenrieth anuncia que Inglaterra, amenazada en su supremacía industrial y marítima en Japón y América, haría un acuerdo con los Estados Unidos. Con la ayuda de todos los ejércitos aliados (de la «Entente») ella dirigiría sus ataques contra los japoneses instalados en China. Triunfante, agrediría más tarde a los Estados Unidos mismos, so pretexto de una rivalidad económica en América del Sur. A su vez, los chinos y japoneses (100 millones de amarillos), para desquitarse, invadirían Europa; la lucha suprema entre razas pondría en peligro la civilización. Pero Alemania sería su salvadora (naturalmente, como todo buen alemán, el autor ignora su derrota y pasa por alto sus nuevas agresiones). Restablecida con la ayuda de Inglaterra, de sus quiebras y ruinas postbélicas, ella va a convertirse en un dique contra las olas asiáticas (quizá el autor incluye a la Unión Soviética en las «olas asiáticas»). Con hondo sentido patriótico, este profeta de levita prevé la victoria final de Alemania, como justa recompensa de sus sacrificios: Francia y Japón serán sus esclavos. Y de Inglaterra, su aliada. Junto con la «pérfida Albión», Alemania dominará el mundo entero.

Sería interesante confrontar estas profecías con los sucesos políticos mundiales en los últimos 33 años. Cualquier lector de periódicos puede decir en qué medida se realizaron las previsiones de los «realistas» políticos que creen ciegamente en la fatalidad de la guerra, considerada por ellos como única ley que gobierna el mundo. La «concepción» acerca de las nuevas guerras resulta más bien de la psicosis guerrera que de las rivalidades económicas, más bien del culto a la fuerza que de doctrinas étnicas y racistas. Por más que cortásemos los brazos de la hidra guerrera, ellos crecerían nuevamente. La hidra misma debe ser aniquilada, mediante la unánime voluntad de paz de los pueblos. Pero

estos mismos, los pueblos temerosos y aterrorizados, alimentan la hidra; no saben todavía o no se atreven a saber que es suficiente quererlo, para que el monstruo hinchado con su sangre reviente finalmente...

..

Se citan de Emerson estas proposiciones que parecen más bien dos sentencias:

«La fuerza está siempre del lado del derecho. La guerra es el destino armado.»

La inspiración ética y retórica de Emerson sobrepasa a menudo la lógica de la verdad elemental. No podemos aceptar estas dos «fórmulas» sino precisando que el derecho tiene de su parte la fuerza, mejor dicho: la fuerza moral (lo que acontece raras veces en las relaciones entre los pueblos). Y, si consideramos la guerra como un «destino armado», éste es armado por los hombres, y no por potencias sobrehumanas. Esto significa que la guerra es la única «fatalidad» creada por los hombres, y que puede ser dominada mediante la voluntad de paz de los hombres.

..

Si no encuentras la paz en ti mismo, entonces no la encontrarás en ninguna parte. Ella no es un obsequio, sino una conquista. Es una victoria sobre ti mismo, lo que significa a la vez: renunciar a muchas ilusiones y supersticiones infaustas o a posesiones, también ilusorias, a pesar de su carácter intangible, inviolable y perenne.

..

Pequeña antología para el uso de los pacifistas:

«Es una cosa extraña el ver, en tiempos de guerra, la cruz elevada entre los dos ejércitos. Cruz contra cruz, Cristo contra Cristo, plegarias contra plegarias. Y eso, para exterminarse recíprocamente.» — Erasmo, siglo XVI.

«En verdad, la guerra es una enfermedad en que las saviyas, que sirven a la salud y el mantenimiento de la especie, no son utilizadas sino para alimentar algo totalmente extraño, que no está conforme con la naturaleza.» — Goethe, 1806.

«Un día, durante la guerra, he sostenido una discusión importante con un militar. Yo le dije que los hombres inventan instrumentos que les superan, dejando que la ciencia los tome por asalto; estas máquinas se vengarán de la humanidad, destruyéndola; los jefes guerreros serán barridos una vez de la faz de la tierra, por sus propios inventos.

»El me miró, compasivo, confiado en el sentimiento del poder que representaba. Se despidió con la irónica respuesta de que, hasta para el más potente cañón se necesita un hombre para arreglar el tiro y darle fuego...

»...Me quedo como petrificado de horror cuando veo cuán difícil es para la ciencia salvar algunas vidas, pese al magnífico e increíble sacrificio de

los médicos, enfermeras y grandes inventores... ¡Y ver después que, al mismo tiempo que la ciencia bienhechora, avanza el tremendo empeño de sembrar sobre la tierra la agonía y la muerte mil veces más numerosas!

»...Y nosotras, las mujeres, cada una de nosotras, madres, esposas, hermanas, novias... ¿No seríamos bastante poderosas si nos uniéramos para salvar de la guerra a nuestros hijos, a nuestros niños y a nosotras mismas de esta oleada de fuerza destructora? — **Maria, reina de Rumania**, «Propileos literarios», nov. de 1928.

«No me siento justificado para creer en el idealismo humanitario de los pacifistas. Observa bien esto: este idealismo es el más hermoso entre todos cuantos existen. Constituye las teorías más sublimes entre cuantas pueda pensar la mente humana: ¡tan poéticas, tan asquerosamente dulces, tan fantásticas en su estilo utópico! — **Mussolini**, en una entrevista acordada al diario «Neue Freie Presse», Viena, 1927.

«La paz eterna sería una catástrofe para la humanidad.» — **Mussolini**, 1939.

Así pensaban un humanista, un poeta, una reina y «l'uomo novo»... A diferencia del **Duce**, fusilado cuando la derrota como un perro rabioso. Napoleón — que ha sido también un «hombre nuevo» para su tiempo — decía: «Lo que más me asombra en este mundo, es la impotencia de la fuerza para

organizar algo»... «En la lucha que rige entre el sable y el espíritu, vence siempre el espíritu.»

..

El antiguo proceso entre la religión y la ciencia persiste todavía, hoy día, en forma un tanto atenuada. Para muchos, este proceso ya está «liquidado» en favor de la ciencia. Pero hay otros que prefieren una solución intermedia, esto es, un arreglo cómodo entre religión y ciencia. Esto no es más que una cuestión de conciencia individual.

El gran pleito que, en nuestro tiempo, se nos impone de una manera cada vez más aguda, es el proceso entre la ciencia y la humanidad. Todos los descubrimientos de la ciencia son acaparados de inmediato por una técnica estatizada, que se manifiesta generalmente en la práctica de la violencia; en una palabra, la guerra.

Y no sólo la guerra entre Estados, entre «soberanías» nacionales, entre imperialismos políticos o económicos, sino también la guerra civil, entre partidos o clases de tendencias totalitarias. Todos los progresos de la ciencia son, pues, desnaturalizados. Se plantea, de este modo, el problema de la responsabilidad personal del hombre de ciencia. ¿Para qué, para quién se empeña en sus investigaciones? ¿Para la tiranía y la muerte? ¿O para el desarrollo físico y mental del individuo, para el bienestar de cada uno y el mejoramiento progresivo de la humanidad?

EL TIEMPO

LA velocidad de la sensación y del movimiento voluntario en los diferentes animales parecen ser proporcionales a la velocidad de sus pulsaciones cardíacas. En tesis general, la vida fluye con rapidez diferente en el mismo tiempo astronómico. Se deduce de ello que la medida subjetiva del tiempo debe diferir en las diversas especies de seres. Es por ser esta medida en el hombre relativamente pequeña, por lo que un organismo, planta o animal, nos parece son algo durable y permanente por su forma y magnitud. Un organismo nos es permitido observarle cien veces por minuto sin observar en él, sin notar en él cambio alguno. No sería lo mismo si se considerasen considerablemente retardadas o aceleradas nuestras percepciones. Si se supone que la vida humana entera, comprendiendo la infancia, edad madura y vejez, se reduzca a su milésima parte, a un mes, y que nuestras pulsaciones sean, por consiguiente, mil veces tan rápidas como actualmente, se podría seguir al vuelo una bala de fusil. Reduzcamos aún más esta duración de la vida humana, ya reducida a un mes, a su milésima parte, es decir, a cerca de cuarenta minutos; el heno y las flores nos aparecerán tan fijos e inmutables como parecen serlo las montañas de hoy día. Durante todo el transcurso de nuestra vida no veríamos abrirse un botón floral, como no asistimos tampoco a las grandes transformaciones geológicas del globo. Los movimientos voluntarios de los animales serían demasiado lentos para poder percibirlos, como lo hacemos con los movimientos planetarios. Por el contrario, prolonguemos aún más la vida, extendamos su duración más allá de los límites conocidos. Si nuestras pulsaciones y percepciones se hiciesen mil veces más lentas, si nuestra vida fuese de ochenta mil años, el día y la noche serían para nosotros un minuto de claridad y otro de obscuridad; con una vida mil veces más larga aun, toda distinción entre el día y la noche sería insensible, y durante el año terrestre el hombre no podría tener más de ciento ochenta y nueve percepciones. Todas las formas de la naturaleza que nos parecen duraderas serían arrastradas y como devoradas por el torrente del tiempo. — Von BAER.

El anarquismo al día

por RAMON LIARTE

NO cabe la menor duda de que el pensamiento político se halla en crisis. Las viejas fórmulas estatales están siendo arrinconadas por la marcha ascendente del progreso. Los acontecimientos desbordan todo cuanto de caduco e inservible encuentran a su paso. Nada resiste la marcha creciente de las situaciones que influyen y determinan en el proceso regulador de las sociedades modernas.

Y es que hay que hablar con valor y propiedad. No sólo están en crisis los sistemas político-económicos de vieja usanza. Se encuentran en crisis galopante también, muchas ideas y creencias que antaño tenían un valor simbólico y una preponderancia en el pensamiento. Los países que ayer orientaban y dirigían la vida mundial, han sido superados por otras naciones que, al estar mejor preparadas y dispuestas para seguir el ritmo impuesto por el progreso, deciden en la marcha de los quehaceres mundiales. La democracia parlamentaria va pasando de moda. Se marchita como una vieja coqueta que únicamente guarda ciertas formas para ir tirando calle arriba, paseo abajo. El liberalismo político, ya no resiste la prueba de los hechos contemporáneos. La dialéctica materialista de la historia y el llamado socialismo científico hacen agua por todas partes. La carcomida nave estatal y capitalista se hunde. Nihilistas y conquistadores, por no tocar tierra firme, son vencidos por las fuerzas hercúleas de la evolución obrera y cultural.

Y no solamente son los Estados, las patrias y las naciones quienes se tambalean; incluso las civilizaciones que ayer parecían lozanas y florecientes son barridas por el soplo renovador de la vida. La inteligencia trabaja. El espíritu analiza y busca nuevas orientaciones. La historia no se detiene. Se hace y rehace cada día. Sufre el mundo cambios gigantes para cuyas innovaciones los hombres más avanzados no están suficientemente preparados. Lo que hoy parece firme, mañana es anulado por nuevos descubrimientos. De ahí que los estatistas de nuestra hora no sepan más que hacer simples retoques en la vida íntima de los pueblos cuando lo que hace falta, como la luz del día, son cambios profundos en las estructuras económico-sociales y culturales para orientar la marcha del progreso y no ser eliminados por éste.

La política europea vive con cien años de retraso. Cuando hace falta abolir fronteras, suprimir Estados nacionales y crear a su vez Federaciones de

Pueblos unidos por un nuevo contrato social, base de un orden nuevo y duradero, se nos ofrece como solución única el Mercado Común Europeo, que más bien es un mercado persa en el que entraron a saco mercaderes judíos, griegos y armenios. Se destruyen aparentemente unas fronteras para crear otras, cuando todo el mundo sabe que la frontera es un producto artificial concebido por el hombre con objeto de establecer poderes y divisiones que dificultan y entorpecen las buenas relaciones humanas. La frontera es una valla levantada para obstruir el proceso de la evolución, de la misma manera que la propiedad es un atentado al interés común de las asociaciones libres e iguales entre sí.

Se habla, y no sin razón, del crimen de lesa geografía humana cometido en Yalta. Versalles ha quedado empequeñecido por el moderno atentado a la soberanía de los pueblos. Los dos colosos del tinglado político internacional, se repartieron el mundo en dos trozos sin contar con la criada respondona, que siempre dice su palabra en el certamen de la historia. Y ahora nos encontramos con un hecho saludable: la insurrección venturosa de los pueblos sometidos por el comunismo totalitario ruso; la protesta cada vez más creciente de los países explotados por el capitalismo yanqui; y, la revolución intelectual y ética de los hombres y los pueblos que reclaman y exigen derecho a la vida con dignidad y decencia. Y el asunto es sumamente grave, preñado de sorpresas. Es la caja de Pandora que es preciso abrir para saber lo que contiene y no vivir en la eterna sorpresa.

El capitalismo y los Estados actuales no pueden dar una solución internacional a los asuntos humanos porque no tienen una moral universal ni una estructura universalista. Europa se encuentra partida, desgajada, y además esclava, en parte, del invasor ruso. ¿Cómo dar una solución a los países europeos ocupados por el Poder bolchevique cuando éste impone su hegemonía sin respetar ni tener en cuenta la autonomía de las nacionalidades que podrían encontrar su norte y su guía dentro de la Federación abierta a una entente de orden mundial? Y es el caso que cuando los hombres políticos hablan sobre los asuntos de los Estados europeos, hay una revolución en marcha que no sólo desborda a los poderes político-gubernamentales, sino a las civilizaciones que, siendo incapaces de salir adelante, perecen arrasadas por la máquina revolucionaria de la técnica, la ciencia y el progreso general.

De lo que se trata, en suma, es de acabar con la propiedad no solamente individual, sino nacional, continental e intercontinental. Urge poner fin al reino del estatismo que divide a los pueblos, creando cismas nacionales que desembocan en la guerra exterminadora. La revolución técnica debe propiciar la socialización de los medios de riqueza y de producción. O el mundo va hacia lo colectivo, perdiendo el egoísmo de propiedad, o no puede haber verdadera solución a los problemas humanos. La humanidad no puede ni debe retroceder. Ella debe optar puesto que es la hora de la gran decisión. Hay que elegir entre el interés personal, o el derecho de todos; entre la ambición nacionalista, o el sentido de fraterna comunidad universal; entre la guerra de intereses y prebendas, o la paz de los hombres y de los pueblos presidida por la justicia y orientada por el más hondo sentido de la libertad. Las fuerzas del socialismo libertario deben poner el mundo en marcha veloz hacia la gran conquista de la economía para el hombre y de la igualdad para la humanidad emancipada del Capital y el Estado.

SITUACION ACTUAL DEL SOCIALISMO AUTORITARIO Y LIBERTARIO

La concepción del pensamiento absolutista en el campo del socialismo ha sido el mejor servicio que se ha podido prestar a la burguesía reaccionaria. Por otra parte «El Partido» no ha sido más que una plataforma para que los enemigos de la clase obrera hiciesen su despliegue de fuerzas a fin de descomponer al movimiento obrero contemporáneo. Hemos tenido que pasar por una cantidad de experiencias que podíamos habernos ahorrado: la soberbia de los llamados partidos socialistas de vanguardia se asevera como la metodología más nefasta para la revolución social y el ideario socialista. Los socialdemócratas han pasado a ser instrumentos de opresión conservadora. Desde el Partido Laborista inglés, a la derecha del socialismo parlamentario, hasta el Partido Comunista ruso, padre del bolchevismo internacional, todos, absolutamente todos los partidos marxistas y leninistas, han sacrificado los intereses morales y económicos del pueblo en aras del poder político. La «voluntad del Poder», puede más que todas las ideas. De tal manera que se reniega de las ideas para sólo apretar el mando, la jerarquía. El marxismo es un almacén de galones, una fábrica de jerarquías para incubar clases sobre clases. Un partido que se considera guía suprema del proletariado, que afirma que fuera de él no existe la verdad y sólo crece el caos, tiene muy poca conciencia social de la personalidad del pueblo. Si a esta táctica perniciosa agregamos los métodos dictatoriales, autoritarios, empleados por los partidos marxistas y leninistas, el resultado no puede ser más concreto: «El Partido» se convierte, por autosuficiencia rimbombante, en enemigo de la libertad.

No hay vuelta de hoja posible sin antes leer lo que la historia nos enseña a la luz de las experiencias y los hechos: los partidos han confundido y

deformado la esencia misma del socialismo. El poder no hace la revolución, la deshace. Porque el Estado es la máquina monstruosa que apisona toda conquista evolutiva y revolucionaria, ya que mantiene en pie las desigualdades sociales, crea la nueva división de clases y fomenta la rivalidad en vez de sembrar la fraternidad. El partido no es más que el Poder y no otra cosa. Y ocurre, que, como siempre, el Poder, por ser el más fuerte, devora al partido, haciendo de éste un simple instrumento de opresión. De ello resulta que la conquista del Estado se convierte en el más firme mantenimiento del Estado. Y al crecer y desarrollarse el nuevo Poder político, rebrotan las clases, surge la soberbia de casta que desemboca en algo más que un despotismo ilustrado: la denigrante deformación de la doctrina para dar vida al autoritarismo del enemigo secular y permanente.

La situación presente del socialismo autoritario es caótica. Los anarquistas hemos venido haciendo el oficio de profetas. Acaso por esto hayamos sido los eternos sacrificados. Hace más de treinta años que nuestro pensador Max Nettlau, dijo al respecto lo que consideramos oportuno reproducir: «La autoridad es el elemento de vida del pasado. La libertad el del porvenir; el presente muestra necesariamente esos dos elementos enlazados en la lucha a muerte. ¿Tengo necesidad de probar de nuevo esa tesis de la marcha progresiva de la evolución?»

El socialismo autoritario se ha corrompido y degenerado de una manera bestial y brutal. Varios siglos pasaron antes de que la Iglesia degenerase en la omnipotencia de la autoridad papal. Las Iglesias tenían poderes independientes a través de siglos de hegemonía vaticanista. Al comunismo le ha hecho falta medio siglo para caer en la descomposición centralista más absoluta. Los concilios de la jerarquía eclesiástica tuvieron que batallar para imponerse; y el cristianismo tardó en ser sometido. Por desgracia, o suerte para todos, difícil es saberlo, el socialismo ha corrido ese proceso en menos de medio siglo.

La ley de los contrastes es sumamente aleccionadora. Si el mal nos dice lo que es el bien; si la noche sirve para anunciar el día; si lo asqueroso y repugnante ponen de relieve lo que es bello y hermoso, tendremos que convenir en que no hay prueba sin sanción. Pero la lengua castellana tiene proverbios estupendos y vamos a expresar lo que decir pretendemos: «No hay mal que por bien no venga». Una gran oleada de regeneración doctrinal y táctica destruye el elemento del pasado que es la autoridad; y un ideario de conceptos sanos y prósperos da vida a la libertad que es el porvenir venturoso de la especie humana. Importa, pues, que sepamos seguir el impulso de las nuevas creaciones. La dirección del pensamiento y la esencia misma de nuestras ideas se unen como dos corrientes caudalosas capaces de regar el campo de la existencia social, socialista y libertaria. Nuestra esperanza es enorme; nuestras posibilidades son infinitas y el trabajo que nos espera es incalculable. Bello es sembrar sobre campos removidos por el corvo arado. El amor a la idea, como el amor a la tierra,

no deben privarnos de ver el horizonte. El motor de la revolución está en marcha. No hay barreras ni vallas que puedan obstruir el avance manumisor. Necesario es organizar y sistematizar el gran esfuerzo colectivo. Todo trabajo debe ser orientado por la inteligencia, acabado por la perseverancia y enriquecido por el amor a lo justo y perfecto.

Hay que sanear el campo social, ya que de esto se trata. El socialismo autoritario será dentro de breve tiempo una especie de museo de quincallería para la observación de los curiosos y los técnicos. Donde muere el Estado comunista o socialista comienza su vida llena de plenitud el socialismo anti-autoritario, el comunismo libre, es decir, la anarquía, principio del pensamiento eterno y base de la vida que no acaba.

AFIRMEMOS EL VERDADERO SOCIALISMO SIN CLASES

HA pasado la época de las medianías y las conllevancias. Se trata de elegir y de saber hacerlo con sinceridad y valor. En un Estado totalitario, ya sea fascista o comunista, no están en libertad ni los mismos carceleros. El absolutismo somete y esclaviza a todos los seres humanos en mayores o menguadas proporciones. No es hombre libre el que guarda a los esclavos; ni es verdaderamente esclavo quien penetra en una sociedad de hombres libres.

Hay que restaurar el reino de la justicia y el derecho. No echemos ya más culpa de burgueses, capitalistas y estatólatras de los males del universo. La nueva sociedad debe ser puesta en marcha. En la universidad y en el campo, en la mina y el taller, en la escuela y el laboratorio, podemos y debemos comenzar a comportarnos como hombres libres que encaminan sus pasos hacia la anarquía. La libertad se halla actualmente encadenada. Luego hay que partir eslabones y cadenas para que el movimiento sea la base de la vida. Una comuna que resiste al poder central; una fábrica que se organiza con métodos experimentales y libres; los movimientos naturales del trabajo que se dedican a hacer respetar la libertad y defender la justicia, realizan una obra netamente anárquica. Si la libertad retrocede es porque no sabemos afincarla en la conciencia del hombre. El movimiento obrero y revolucionario debe ocupar las más limpias y honrosas posiciones. La libertad conquistada para la manumisión de los hombres no debe abandonarse jamás. Cuando decimos que el trabajo debe estar dirigido por cerebros conscientes y mentes responsables, es nuestro deber que las nuevas creaciones no sean adulteradas por poderes ajenos al esfuerzo laborioso y creador. No debemos tolerar que la libertad sea sacrificada ni provisionalmente. No debemos confiar poderes a quienes hacen del Poder un centro de tiranía. El derecho pertenece a todos y debemos defender nuestras conquistas como una obligación que nos incita a no negar nunca nuestras reivindicaciones de justicia. Lo que se cede se pierde, lo que no se defiende se vende. Nada, absolutamente nada de cuanto pertenece al pueblo libre, a los organismos gremiales del trabajo, el hombre dueño de sí mismo, po-

demos dejarnos robar sin nuestra protesta unánime. Nos hemos dejado arrebatarse enormes conquistas revolucionarias, creyendo que lo que se pierde por cansancio se recupera fácilmente. De una belleza singular son las palabras de Camus, cuando afirma: «Si alguien os quita el pan, suprime al mismo tiempo vuestra libertad. Pero si alguien os quita la libertad, estad seguros que vuestro pan está amenazado, pues ya no dependerá de vosotros ni de vuestra lucha, sino del arbitrio de un amo. La miseria crece a medida que disminuye la libertad y viceversa.»

No basta decir: «¡Sed libres!» Quien se separa del camino tiene que rehacerlo si quiere volver a caminar. Bueno es declarar que las organizaciones sindicales son los organismos vivientes para tomar en sus manos la producción social y la distribución de los productos. Lo esencial es propiciar esta tarea, acercarnos al fin que perseguimos. El socialismo libertario va conquistando posiciones en los centros de trabajo y en los lugares de la ciencia porque es el curso mismo de las evoluciones morales y culturales.

Urge crear una conexión segura entre las asociaciones colectivistas y cooperativas. Los sindicatos federados deben substituir a los partidos, ya que éstos son vehículos de regresión y aquéllos representan la revolución social encauzada hacia el socialismo que no es programa cerrado ni meta única, sino experiencia analizada, lógica discutida, razón sometida a examen, pedagogía viviente como el agua viva. El humanitarismo debe ganar batalla tras batalla, si ponemos todas las fuerzas de la solidaridad en tensión constante, en práctica permanente. Para ello es necesario estimular el amor al conjunto social, cultivar la personalidad como parcela unida al gran todo de la condición humana. Si mediante nuestra lucha diaria conseguimos dar cada día un paso más hacia adelante, nos acercamos a la idea que nos anima. Trabajo responsable y arte libre; esfuerzo consciente en beneficio del interés general; organización racional y voluntaria para destruir toda disciplina centralista y estatal. Acuerdo sobre hechos tangibles y no sometimiento a leyes impuestas por los poderosos. Ciencia al servicio de la moral y sabiduría trabajando por el bien. Todo esto podemos hacerlo poco a poco, como quien coloca piedra sobre piedra para construir el nuevo edificio social que ha de albergar a la sociedad futura. El conocimiento de cumplir libremente el propio deber reduce el mal que engendra la autoridad. Nuestros principios se inspiran en la solidaridad y la fraternidad. Seamos cada día más solidarios, más fraternales. Quien distribuye pan a los que ocupan las barricadas; quien hace de la enseñanza una lección útil y bella; quien niega jamás su propia razón de ser es un anarquista, y como tal le reconocen propios y extraños. Afirmemos el verdadero socialismo sin clases, sin jerarquías ni castas. Ese socialismo que le dice al hombre: Procura ser cada día mejor; haz que los demás te imiten por ser un ejemplo. Ama, y defendiendo la vida, de tal manera, que en todo momento pueda decirse de ti que eres un hombre libre.

Mundo, trabajo y sociedad

El individuo es el átomo de la sociedad. Su sangre es el territorio donde ha germinado, con consentimiento individual y sentimiento, por evolución genética, por cultivo que es de donde dimana la cultura. La sociedad medioeval era una especie de mundo divinizado. Estaba constituida por una aristocracia y clero levantiscos, una burguesía atomizada, con paralelo en el proletariado moderno y por la fuerza de los gremios. Los gremios eran entonces un artesanado, fraternidades de oficios porque la industria apenas suponía hipótesis en relación con los tiempos modernos. La soberanía individual iniciaba en el hombre «un nuevo estilo de vida», imponiendo por administración orden en un régimen que se desintegraba.

La presencia politicosocial de la sociedad ha preocupado a Maquiavelo, que trata de estatificarla. La ubica «y caracteriza» con sus propios fines y postula la necesidad de la secularización. Es decir, un clima cultural tendiente a resolver incluso el problema de la verdad por medio de la fe, cuando en rigor no era más que administrativo. Conculcada en una obediencia pasiva de los súbditos a tal régimen — monarquista o república ciudadana — comenzó a «plantearse ese extraordinario movimiento ideológico y cultural que se desencadena después políticamente y que constituye lo que denominamos derechos individuales», frente al derecho del soberano, «derechos individuales frente a una sociedad que empieza a descomponer sus corporaciones y hacer valer, por la razón del derecho del uno, el derecho del individuo, el derecho del indivisible», dice López Portillo.

La corporación medioeval, esencia corporativa del medioevo, empieza a quebrarse «en la individualidad, en el individualismo. El derecho de resistencia pronto se levanta contra el absolutismo de los reyes», reivindicando hasta mismo en Harmodio y Aristógoten el tiranicidio del padre Mariana como derecho de resistencia del individuo contra el mandato injusto. Durante 30 años Europa se desintegra en una guerra catastrófica. Ante ese sangriento hecho religioso, se plantea «la necesidad de la convivencia, la tolerancia y, desde luego, la resolución de que el individuo en sí, y por serlo, posee derechos frente al soberano y frente a la sociedad. Empiezan a gestarse y a exigirse los derechos individuales que, por el estudio racionalista empiezan a atomizar la sociedad», llegando a la «concepción de Hobbes que necesita encontrar en el consentimiento individual y en la idea del pacto, la organización, la nueva cuenta de una sociedad que se está quebrando y que necesita, desde luego, organizarse en forma sistemática, justificarse racionalmente».

Surge y aparece la idea de la sociedad, agrega López Portillo, como agrupación de muchos hombres, como agregados de átomos que son los individuos». El resultado de este consentimiento, de este acuerdo explica y justifica la existencia de las instituciones públicas, con personería ideal, jurídica. De ahí emergen en la transformación es-

por **CAMPIO CARPIO**

tatal contingentes marginados hasta entonces de la actividad gubernativa. Problemas y angustias se suceden, a partir de entonces y las instituciones, desesperadamente, «a machetazos y martillazos» tienen que encontrar soluciones propias de la complicada naturaleza. La gestación del Estado moderno después de la divinización a que lo ungió Hegel, empieza a vacilar la falsa estructura, con las sublevaciones obreras en Inglaterra, y pese a la respetable majestad de un Leviatán, expuesta por Hobbes, el señorío del gobierno civil de Locke, el profundo «significado de la voluntad general de Rousseau, la buena voluntad por imperativo de razón de Kant y la voluntad consustancial, ese organismo tambaleaba y hubo de mantenerse en pie apuntalándole con débiles columnas putrescibles».

«Empiezan a suceder dos tipos de revoluciones obreras y a plantearse un problema que lentamente va complicándose hasta hacer erupción crítica en la primera guerra mundial. Las majestuosas instituciones, muchas secularmente logradas, no son suficientes para dar respuesta a las angustias de una nueva clase social que hace acto vigoroso de presencia con motivo del industrialismo del que nació el Estado moderno». El industrialismo que «ha vuelto a crear las grandes urbes» ha apretado las masas obreras en las ciudades, insuficientes en habitaciones y servicios. Ese conglomerado humano, por cercanía y relación pronto se solidariza y plantea problemas de reivindicación social a la majestad estatal. Estos contingentes de la producción en masa pronto se dan cuenta que los derechos individuales, «tan dignamente logrados desde el siglo XV, constitucionalizados en las revoluciones francesa y norteamericana, no resuelve ninguno de esos problemas». Ya lo había anunciado Moret en la misma Revolución Francesa: «Estamos equivocados si pensamos que una sola clase social ha producido esta revolución. Hay dos en pugna y pronto van a luchar».

Las bases del edificio son atacadas por los problemas sociales que no estaban computados en la organización. «La nación, base sociológica del Estado moderno, empieza a ser disputada. No es cierto que la solidaridad básica del hombre esté en la nación. La nación es una patraña burguesa; la única solidaridad es la de la clase social; y se plantea en la misma entraña del sistema el problema de la crisis. La solidaridad está en la clase social y no en la nación. Todo un edificio construido en la solidaridad nacional va a vacilar al ataque de esa tesis internacionalista; y a partir de esa idea, todas las instituciones tendrán que ser revisadas y se encuentran en crisis», prosigue López Portillo.

La soberanía del poder tiene que enfrentar la problemática de sus propios vicios. Su poder se ve «disputado por

estructuras supraestatales e infraestatales». Los gremios afirman su poder, las decisiones internacionales ase hacen cada vez más imperativas» y la soberanía vive su crisis, siendo un factor de grave inconveniente para cierto tipo «de decisiones de las que está urgido el mundo», acosado por ideas que trabajan. El proceso de esta interesantísima experiencia política occidental, imprevista frente a los derechos firmemente instituidos, transformará la organización gubernamental en administrador de bienes productivos comunes por imperativo de una situación que es angustiosa y universal.

Sucumben cuatro siglos de lenta gestación de una teoría política elaborada alrededor de la idea de individualidad, generada del medioevo, añade López Portillo. «Roto el corporativismo medioeval, queda suelto el individuo; y el individuo suelto, despojado ya de su fe por medio de la razón, empieza a explorar instituciones políticas para garantizar sus derechos, que afirma naturales e innatos a su condición de hombre: Cuatro siglos en que las ideas se convierten en instituciones y las instituciones en constituciones». Cuatro siglos para crear toda una teoría del gobierno, justificando la existencia de poderes, «pero al mismo tiempo elaborar los mecanismos de defensa del individuo frente a ese poder que ha creado y que ha generado por su propio consentimiento». Una serie de ideas que se instituyen sobre base sociológica constituyen el ámbito humano dentro del cual se expresa la sociedad — no ya la ciudad clásica ni la tierra medioeval, — la colectividad con significado natural, cultural y psicológico.

«Sobre este basamento nacional se instituyen las ideas de un esquema que, espero no hayan parecido caricatura, se van gestando lenta y paulatinamente». La soberanía individual consagrada en «derechos individuales, representación política, división de poderes», personalidad jurídica e idea de derecho al servicio del más débil y para garantizar su libertad, de propiedad y de igualdad, de ninguna de las cuales disfrutaba «porque lo único que tenía era trabajo. Un trabajo que estaba sujeto a las presiones brutales de la oferta y la demanda, en un mercado garantizadamente libre, con las brutales consecuencias de la ley de bronce del salario. Una clase social que sólo tenía trabajo. Trabajo que la identificaba y que la carta de derechos individuales de ninguna manera garantizaba».

Surge así un problema gravísimo para estas instituciones multiseculares, continúa el autor. Frente al «derecho individual, empieza un concepto distinto que tiene que hacer valer derechos que no se le reconocen, que son ajenos a toda mecánica jurídica —, que nada garantiza para esa nueva clase social. El drama envolvente originado por esta secularización estatal ha de simbolizar «la idea de la mazorca de maíz, en la que cada grano vale porque está apretado junto a otros, formando una mazorca. Toda la mazorca, cada grano de maíz fue barbaramente triturado y despojado «continuando vivo el problema y sin respuesta. De ahí que es preciso establecer un arco de 180 grados con razonamientos que sienten inmovible jurisprudencia, moderando «la opulencia y la indigencia, que es responder a aquel propósito del buen gobierno aristotélico: busquemos una forma de gobierno, decía el estagirita, de tal suerte concebida, que no haya hombres ni tan ricos que puedan comprar otros hombres, ni tan pobres como para que se entreguen en venta».

La formación de las constituciones «no ha sido otra cosa que el resultado de la experiencia, de los deseos, de los

anhelos de los pueblos. Es el buen sentido enfrentado a la ortodoxia de la rigidez, de las necesidades a resolver, que ya Morelos planteara hace más de un siglo, y concretado finalmente en «una democracia no solamente como expresión jurídica y un régimen político, sino como un sistema fundado en el constante mejoramiento económico, social y cultural del pueblo», como «gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo».

Vivimos en un rincón del universo, — en el que disponemos de recursos para satisfacer nuestras necesidades y buscar legítimamente nuestra perfección, añade López Portillo. La historia nos ha ubicado en un ámbito en que obligadamente tenemos que proporcionar nuestra solidaridad para afirmar nuestros derechos a ser mejores. Y esto que, en cuanto a derecho y responsabilidad individual concierne igualmente todo ser como organismo solidario, en que se origina el derecho y al que corresponde originariamente y con posibilidad de transmitirlo en propiedad individual que se hace posible por vivir en compañía.

«Un cambio importantísimo en el planteo del problema de la propiedad privada, la propiedad como función social, no de la propiedad como botín de egoístas, no la propiedad de la selva, no la propiedad de las bestias hambrientas que entre sí pactan para no arrebatarle su presa y producir la ordenada participación en los bienes de la colectividad». Es por ello que la «nación tendrá en todo tiempo el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público, así como el de regular el aprovechamiento de los elementos naturales susceptibles de expropiación, para hacer una distribución equitativa de la riqueza pública y para cuidar de conservación».

«Cuando el industrialismo enriquece a algunos y empobrece a otros muchos más», es necesario el agrupamiento de fuerzas para reivindicar el derecho conculcado por la desviación utilitarista del siglo XIX que llegó a reconocer la prosperidad del suelo por parte de los superficiarios usuarios. Se trata de un hibridismo colgado a las teorías socioeconómicas de la sociedad contemporánea, sin garantía de derechos individuales ni sociales. Porque ni el trabajo del hombre ni el suelo que pisa pueden proseguir sometidos a la condición de simple mercancía «en el mercado libre, oferta y demanda, mercancía que antes carecía de otra protección que no fuera la de la ley de bronce del salario. Se morirán algunos, había dicho David Ricardo, se morirán algunos obreros ante la incapacidad para satisfacer su oferta de trabajo. De acuerdo con la filosofía de la miseria, se morían algunos; se mueren y baja la oferta y sube la demanda; y el equilibrio natural de las fuerzas económicas, que son tan rigurosas como la ley de la gravedad, operará en este mundo y se acabó.

El derecho del trabajo no es una mercancía, sostiene López Portillo, sino la característica más importante de la persona humana en toda su dignidad, en toda su grandeza desde que perdió el paraíso. Para subsistir tiene que trabajar. La reivindicación, la dignificación del trabajo elevado como derecho de garantía constitucional, supone una de las más nobles conquistas de la inquietud humana de todos los tiempos, «que ha buscado en la convivencia la posibilidad de vivir en la justicia y en la libertad».

(1).

«Armas y letras» nº 2, segunda época. Órgano de la Universidad de Nuevo León, México.

¡La leyenda del trabajo!

Desapareció la ideal figurilla con el último rayo de sol, y todo quedó triste y en silencio; el poeta buscaba con ansia infinita en derredor suyo algo con que llenar el vacío que su desaparición le había dejado en el alma...

Cerraba la noche; el mar tranquilo reflejaba la luz de la luna, que parecía querer consolarle con su caricia de las ausencias del astro rey... y a la entrada del puerto, semejando en sus airovas velas bandada de nevados cisnes, distinguió numerosas barcas de pesca que volvían de la tarea diaria; los pescadores, aunque rendidos en la lucha brutal por la vida, se afanaban por llegar cuanto antes, y cantaban al mirar la playa... Y buscó más lejos, y vió toda la tierra, y miró salir con apretado hormiguero por las puertas de la fábrica hombres, mujeres y niños, apresurando el paso y cantando de las entrañas de la tierra, y al labrador volver al caserío cantando, en pos de la rendida yunta que le ayudó en su ruda faena... Y las notas de todos aquellos cánticos se unieron formando grandiosa y varonil melodía que decía al poeta: «No llores, no temas que falte inspiración para tu canto porque murió La Leyenda de espléndido ropaje y mística expresión; déjala perderse tranquila entre las verdes olas, envuelta en su mortaja de rayos de sol: cumplió ya su misión; se extinguió su vida, pero ¡qué importa! En lugar de sus consejas suaves y tristes, canta el hermoso poema que nunca muere, la heroica epopeya que jamás se agota, la leyenda hermosa y siempre nueva, la que unió a los hombres, la que formó los pueblos, la que santifica la fuerza, la que inmortaliza la idea en el arte; la que no se duerme envuelta por brumas, mecida por brisas, arrullada por suspiros; la que crea, la que alienta, la que regenera, la que ennoblece: ¡LA LEYENDA DEL TRABAJO! — G. MARTINEZ SIERRA.

Entre los cambios que la naturaleza ejecuta sin cesar, en todas sus partes sin excepción, su conjunto y sus leyes, siendo siempre las mismas, las de los cambios, que para operarse no exigen mucho más tiempo que la duración de la vida humana reconócense fácilmente por el observador; pero no puede reconocerse con tanta facilidad las que exigen para ello un tiempo considerable.

Supongamos lo siguiente para mejor comprensión:

Si la duración de la vida humana no pasase de un segundo y existiese uno de nuestros relojes montado y en movimiento, cada individuo de nuestra especie que considerase la saeta de las horas no la vería cambiar de lugar en ningún momento de su vida, a pesar de que no está realmente estacionaria. Las observaciones de treinta generaciones seguidas no enseñarían nada nuevo sobre este particular, pues su movimiento, no siendo más que el que se opera durante un semiminuto, sería muy poca cosa para ser percibido, y si las observaciones mucho más antiguas demostrasen que dicha aguja había realmente cambiado de lugar, los que conociesen el enunciado jamás creerían en él, y supondrían la existencia de algún error de observación, pues ellos vieron siempre la aguja sobre el mismo punto del cuadrante. — LAMARCK.

El dinamismo físico y mental han de ser armónicos entre sí para que constituyan virtud, para que tengan fuerza de verdad; hay que hacer vivas nuestras palabras. Cada pensamiento nuestro ha de ser una forma de música dinámico, rítmica y alegre que se funda en la gran sinfonía del Universo. Cerebros sin cuerpos; cuerpos sin ideas; ideas sin espíritu, son lamentables espectáculos que no explican sino como aspectos expiatorios del pecado humano. — Dr. Ramón CLARES.

Todo tiende al progreso, porque el progreso es la ley de la Naturaleza, y el hombre no debe ni puede excluirse de esta ley. Mas, ¿qué es el progreso? Es la más amplia expansión de la Vida en sus manifestaciones física, intelectual y moral. De donde resulta que la Higiene es la base de todo progreso y que la era feliz de la humanidad debe tener por fundamento el respeto a toda vida; más aún, debe fundarse en el reinado del AMOR UNIVERSAL.

ACTO PRINCIPAL DEL ESTADO CON FRANCO, «ESE HOMBRE»

Asesinato de Miguel de Unamuno

(Continuación)

VED cómo tratan al «festejado», particularmente el representante directo de «Franco, ese hombre», del primer «cavernícola» del Movimiento Nacional: «En la reunión de un organismo oficial — informa la precitada «Hoja del lunes» — a la que asistía el gobernador civil de la provincia — la máxima autoridad en Salamanca — éste calificó a don Miguel de Unamuno de hombre nefasto para Salamanca, que su nombre y el eco de su nombre son los culpables de que la universidad de Salamanca no haya evolucionado en medios materiales como habría sido de esperar en los tiempos que vivimos.»

¡Vaya qué «tiempos» vive la España de Don Quijote bajo la tiranía franquista! Y en las mismas columnas de dicho periódico salmantino se publica lo siguiente: «Lo notable es que la figura de Unamuno sigue siendo causa de agrias polémicas, de problemas que pronto salen del marco de la tertulia y de la universidad para provocar enfrentamientos de escala nacional.»

No es preciso que comentemos largamente, con amplitud y profundidad estas noticias. Por sí solas se comentan. Pero algo es preciso decir al respecto y destacar, una vez más, que dedican «homenajes grandiosos» a Miguel de Unamuno, hasta levantándole un monumento, pero en privado, «oficialmente», le consideran nefasto para el Estado nazifasciofranquista.

En efecto, no se equivocan. Su nombre y el eco de su nombre, con resonancias en crescendo, está contribuyendo, grandemente, al derrumbe del régimen teocrático-militar-fascista que querían durar mil años, tanto como duró la Edad Media y pretendía Hitler durar el nazismo. Por voluntad de la España del Quijote será funesto para el Movimiento Nacional que sostiene en el poder a «Franco, ese hombre», como podría colocar en su sitio a cualquier otro no-hombre malvado y agresivo asesino.

Toda la estructura estatal nazifasciofranquista se vendrá abajo después de los enfrentamientos nacionales que la propia prensa de Salamanca afirma van teniendo lugar en todo el territorio hispano.

No reproducimos otras informaciones que se refieren a lo mismo, publicadas en diversos periódicos durante los meses del año 1967, porque ésta las concreta todas: «Unamuno sigue siendo causa de agrias polémicas, de problemas que pronto salen

por FLOREAL OCAÑA

del marco de la tertulia y de la universidad para provocar enfrentamientos a escala nacional.»

¡Enfrentamientos a escala nacional! La Confederación Nacional del Trabajo de España, la F. A. I. y las J. J. LL., es decir, el Movimiento Libertario Español que actúa en la clandestinidad, sin la venia de «Franco, ese hombre», continuará promoviendo, por merecerlo más que nadie; por no ambicionar el poder; por ser en fin, la corriente ideológica que reúne todas las peculiaridades cualitativas más generosas y elevadas del Quijote.

LOS HUMANISTAS LIBERTARIOS ANTE EL CASO UNAMUNO

Guardar silencio alrededor de la personalidad de Miguel de Unamuno, puesta de relieve, en su totalidad, sin contradicciones, del 12 de octubre al 31 de diciembre de 1936, habría significado cometer un yerro revolucionario mayúsculo, una gran injusticia y traicionar al mismo pueblo español por el bien del cual tantos miles de humanistas libertarios perdieron la vida en 1936-39.

Por las noticias de Salamanca, que hemos comentado brevemente, comprobamos que bien hacemos, desde hace años, los libertarios que así pensamos, abrazando la causa de Unamuno, la defensa de su conducta como nuestra propia causa, porque lo era y sigue siéndolo hoy con más razones que ayer.

Error superlativo y carencia, a nuestro entender, de visión de cara al futuro más feliz de España habría sido reducirnos a quedar detrás de las noticias, de los hechos consumados diciendo, lo más, de tarde, en tarde, por un obligado o forzado deber de conciencia, que Unamuno se limitó a un personal choque de palabras con Millán Astray, por ejemplo, o contra odiosos representantes del régimen franquista, a un acto innegablemente valeroso, pero que en prolongado esfuerzo y sacrificio lo superaron miles de hombres del Movimiento Libertario español, conocidos y anónimos, y antifranquistas de otros campos ideológicos.

Gran verdad es ésta en lo episódico; pero en el hacer historia cuenta mucho, en determinadas situaciones psicológicas, sociales y culturales de la vida de uno o más pueblos, la persona, el grupo de individuos humanos o la corriente ideológica que las interpreta cabalmente, las encarna y pro-

moviéndolas y alentándolas con todas sus energías, superándolas, tendiendo al bien de las mayorías tiranizadas, más influyen en las colectividades humanas hambrientas de manumisión.

Silenciar la mayor parte del comportamiento de Unamuno mientras vivió encarcelado en la zona franquista; no reconocer el nivel superior moral, social, humano e intelectual al que se elevó a costa de su propia vida que la puso constantemente en juego durante los cinco meses y medio de sufrir brutal acoso fasciofalangista que le colocó entre la espada y la pared, sin salida, y, sin embargo, siguió manteniendo invariablemente, hasta caer, su desafiante actitud en defensa de la libertad, hacerle el vacío, o desentenderse de él, en cierto grado, como hasta algunos buenos compañeros que escriben en nuestra prensa aconsejan, más o menos claramente, se haga por estar asociado su recuerdo, el de Miguel de Unamuno, a amargos y dolorosos recuerdos nuestros, de los ácratas, habría sido, al entender de los libertarios que coincidimos, cometer, repetimos, una enorme injusticia y un tremendo error.

Hasta queridos amigos tenemos, de indudable buena fe, inteligentes, consecuentes y valerosos que nos han reprochado, cara a cara — al que escribe al menos — que en artículos y conferencias «sublimizamos el proceder postrero de Miguel de Unamuno», el que cuenta, por ser el último con el que concretó todo lo que quiso ser para siempre, toda la verdad del mismo.

La verdad entera, superable, que descubrió y abrazó; su ejemplo — o por el que dieron también nuestros compañeros Francisco Ferrer, Ascaso, Duruti, Juan Peiró, etc., tanto o más elevados que el dado por Miguel de Unamuno — significó y sigue significando sublimizar el carácter mismo de la España del Quijote.

El vacío bastante se lo hacen a Unamuno en la medida que no los perjudique, los políticos. Estos no le perdonan que sus más espontáneas y sentidas manifestaciones sean afirmaciones anti-estatales. Y hasta hoy todos admiten que su fallecimiento «fue natural». Si alguna excepción existe entre aquéllos, contraría a estos pensamientos — con o sin fines políticos — sólo confirmará la regla general o posición de la política — ambición del poder — frente al caso Unamuno.

Den un paso al frente los individuos humanos, pertenecientes al llamado campo antifranquista, que todavía critican, malévolamente, a Miguel de Unamuno, tibia y hasta cierto punto unos, admitiendo algo bueno en él, pero recordando con excesivo relieve sus viejos y superados yerros, de forma que parece intentan anular lo aceptable por aquel hecho; den el mismo paso también los sujetos que se erigen en sus jueces — sin haberse juzgado antes ellos mismos — implacables, duros e incompromovibles, que siguen tratándolo cruda, despiadada, falsa e injustamente, en privado y en público, poniendo al descubierto sus corazones dañados — que pueden cauterizar con amor verdaderamente sentido y no sólo decir que aman con palabras, en artículos y libros — y declaran, ante el mundo, con

honestidad intelectual — aunque sea por única vez — y valor moral, si en la situación terrible que Unamuno vivió hubieran adoptado y sostenido hasta el fin su valerosa y encomiable conducta.

Es posible que no falten españoles e individuos nacidos en otros países, con sentimientos y pensamientos universalistas, que contesten que sí obrarían como Miguel de Unamuno en las mismas circunstancias; pero al hacerlo se colocarían en el mismo nivel psicológico y humano mas no a mayor altura. Sin embargo creemos que ni uno de sus detractores y críticos gratuitos seguirían su ejemplo.

Lo cierto es que se van acumulando indicios y datos que llevan el conocimiento total del motivo último del crimen, el que obligó a los asesinos, a sueldo de la anti-España, a cometerlo sin más espera, y que exponemos al final; el motivo que siempre es el que descubre — según los psicólogos criminalistas al servicio de la justicia histórica — al culpable o la pista de los culpables de un acto reprochable: al director intelectual y al brazo o brazos ejecutores que obraron, en el caso que nos ocupa, contra el cuerpo de Miguel de Unamuno.

Y allá con su conciencia el corto número de sujetos bienintencionados que se aferran, sin quererles soltar, a viejas ideas y a críticas ya superadas, sin eficacia progresiva alguna en el presente y para el porvenir de España y de la humanidad, como las que se han hecho y se le están haciendo aún a Miguel de Unamuno. ¿Que éste, en cierta época, hizo algún daño a los libertarios? ¿Que en 1909, en particular, nos afectaron absurdas y malévolas críticas suyas?

Hablaremos algo sobre las mismas más adelante, pero anticipemos que todo el mal que pudo hacerlos a los libertarios lo desterramos de nuestros corazones — los que coincidimos al respecto — para que lo ocupara, enteramente, lo bueno que realizó, que liquida cuanto de malo hizo, y estar seguros que hizo lo propio en su corazón y en su mente probándolo enfrentándose al enemigo común con el coraje que a tantos españoles les falta.

Muchas críticas, acerbos e injustas unas y muy justificadas otras se hicieron y se le hacen todavía al ex-rector de la Universidad de Salamanca. Las que los humanistas libertarios le hicimos con el fondo y el tono emocional indignado que merecía, en su tiempo, oportunamente, consideramos que hoy no se las merece, como mucho menos se mereció Francisco Ferrer Guardia los juicios injustos, arbitrarios, en grado sumo, que le dedicó Miguel de Unamuno llegando éste hasta afean la campaña internacional que se realizó en 1909 por salvarle la vida y contra las protestas que en todo el orbe se llevaban a efecto al serle arrebatada por los sicarios de la Iglesia y de la monarquía española.

Lo recordamos no sólo para demostrar que no lo desconocemos, y que los llamados genios también cometen errores, los más voluminosos yerros — como asimismo los mayores aciertos —, sino por opinar que, actualmente, además de injusto es inoportuno y nada constructivo, de cara a España y al mundo todo que nos rodea.

¡Ojalá que las mujeres y los hombres que mal se conducen en la vida cotidiana: en el seno del hogar y en el trabajo con sus compañeros explotados, y no intervienen en la lucha social por egoísmos mezquinos, que la sociedad autoritaria cultiva, por la presión de necesidades u otras causas diversas, decidieran adoptar una conducta humana mejor, **permanente**, en beneficio de la mayoría de sus congéneres que, al fin, es decir en bien de sí mismos y de sus descendientes sobre todo en la era atómica y espacial!

A los individuos humanos que tal decisión **definitiva** tomen ¿qué objeto tendrá recordarles, machaconamente, o en mortificantes e hirientes fechas, que quieren olvidar, su **pasado** si con palabras y actos, con su proceder todo, desviviéndose por **afirmar el buen sentido**, racional y humanitario, que dan a sus actividades prueban, sin habérselo exigido nadie, por propia **voluntad**, con firme **conciencia de poder** que lo «enterraron» o lo desterraron totalmente de su **ser**, que jamás volverán a reincidir, a involucionar, a repetir cuanto deshumaniza al ser humano y que han decidido condenar y combatir mientras vivan?

Mucho de ingrato sobre Unamuno podemos decir por la actitud que adoptó frente al caso del mártir de la Escuela Moderna. Hoy lo exponemos, aunque brevemente, porque nos lo han estado recordando varias veces en el curso de estos últimos años. **También nos lo recuerdan, en el presente, escritores franquistas desde los diarios y revistas de la anti-España, persiguiendo, sin decirlo con letras, que los libertarios, los más afectados — y todo el pueblo español — olvidemos y excremos al ex-rector de la Universidad de Salamanca.**

No haremos tal vil juego al régimen franquista. ¡Pretenden destruir la personalidad de Miguel de Unamuno apropiándose como se apoderaron de su cuerpo después de aniquilarlo y de enterrarlo según «mandó» la Iglesia Católica que «bendijo el acto», la hora que lo hicieron desaparecer del mundo de los vivos!

LOS LIBERTARIOS Y UNAMUNO EN FRANCIA

Recientemente se ha escrito que Unamuno nos dio también «mal trato» a los libertarios, en tierras galas, durante los años 1923 a 1930. No lo pasamos por alto; y vamos a tratar de desmentirlo, en gran parte, a pesar que algunos afines en ideas lo creen asimismo.

Como que a los críticos malévolos del interior de España, en particular, les interesa formar mal ambiente alrededor de Miguel de Unamuno, sobre todo entre los jóvenes estudiosos y rebeldes de nuestros días, consideramos conveniente destruir, antes de seguir adelante, esta versión que difunden plumas franquistas. Les demostraremos que estamos bien enterados de cómo sintió y obró durante los precisados años. Más todavía intentaremos probar: que el «mal trato» se lo daba el mismo Unamuno, en París, al esquivar el contacto con nosotros, los ácratas, por reprocharle su **conciencia** habernos tratado mal.

Hablemos, pues, en seguida, del paso de Miguel de Unamuno por territorio francés. Durante siete años España sufrió la llamada «blanda» dictadura del general Primo de Rivera. Buen número de los españoles exiliados entonces en Francia pudimos ver al ex-rector salmantino exageradamente escéptico, dominado por la incertidumbre y un pesimismo **negativo**. Y no es que creamos que el escepticismo es un valor inferior, al contrario: el escepticismo sano, activo, que acredita el propio conocimiento, es sumamente valioso para el «espíritu» crítico y representa una cualidad superior de la personalidad. Pero Unamuno se manifestaba, en aquel tiempo, a consecuencia de sus innumerables contradicciones y errores, un escepticismo enfermizo que lo incapacitaba para hacer algo constructivo por sí mismo o asociado a otros de sus semejantes.

En París Miguel de Unamuno concurría, con bastante asiduidad, en particular por las tardes, al famoso café «La Rotonde», que estaba ubicado en el barrio latino. A veces lo acompañaba alguno de sus hijos. En aquel tiempo, en dicho lugar, de nombradía internacional, pudieron coincidir Unamuno e Isadora Duncan, Trotsky y Nestor Makno — el Durruti de Ucrania —, Picasso, etc. Era, en fin, centro de reunión de artistas de teatro y de cine, de algunos marimachos, bohemios y mariquitas, de pintores, de músicos y de escritores de todas las lenguas y de todas las razas, y también de revolucionarios de todos los países. ¡Allí se hablaban en el día todos los idiomas del mundo!

«La Rotonde» era, pues, una especie de «ensalada mundial» con todas las clases de valores **positivos** y **negativos** humanos a la que el concurrente podía acercarse, más o menos, a «gustar», a admirar o a contemplar simplemente, la parte que más le simpaticizara o atrajera por curiosidad.

¡No faltábamos en «La Rotonde» los refugiados españoles! A tal café «cosmopolita» concurrían hombres de la Confederación Nacional del Trabajo de España y de la F. A. I., libertarios llegados unos a la capital de Francia directamente de España, y otros después de haber pasado algún tiempo en otras poblaciones galas.

Los libertarios éramos los que más llamábamos la atención, porque discutíamos acaloradamente, con pasión, en voz alta, a grandes voces, tronando contra la dictadura que se instauró en España para sostener a la monarquía que, podrida hasta la médula, cayó en 1931, al recibir el primer fuerte «soplo» rebelde del Pueblo español.

Unamuno acostumbraba dirigirse andando a tan singular café por estar entonces alojado en una pensión cercana. Y observábamos que apenas daba un paso hacia el interior de aquél reconocía donde estábamos situados los libertarios, porque siempre procuraba alejarse de nosotros que, precisamente, nos dolía verlo triste y tan solitario a menudo. A veces la expresión melancólica de su rostro alargado, con su barba en punta, nos daba la impresión de un Quijote sufriendo desaliento, hasta desesperación, por no hallar la **verdad** que buscaba, afanosamente, ni el camino que pudiera llevarlo a la misma para romper lanzas en su defensa por mal-

trecho que lo dejaran los malandrines defensores de la **mentira**. ¡Todo preferible a las tensiones psicológicas y a las angustias de la incertidumbre y de la inercia del Hombre que era dinámico por naturaleza!

Unamuno, a pesar de ser el célebre escritor y filósofo Miguel de Unamuno, apenas hacía notar su presencia en medio de tanto colorido y variada algarabía. Generalmente hablando, sólo atraía una que otra mirada fugaz, sabiendo o no que era él porque, en primer lugar, procuraba colocarse en un rincón del café como intentando pasar innotado ¡donde todos los sujetos, consciente o inconscientemente, con naturalidad o afectadamente, se singularizaban en algo! Se sentaba ante la mesa de mármol y permanecía silencioso, hermético.

Sin embargo el hermetismo de Unamuno no era tan impenetrable como él imaginaba. Al menos no lo era para algunos libertarios que lo observábamos con más interés que los demás, porque en presencia del dolor, del que sufre, injustamente, sea genio o humilde semejante nuestro, y cuanto más humilde más todavía, nos **sentimos** vinculados a él con ánimo de contribuir a mitigarlo y hacérselo desaparecer en lo posible.

Notábamos que no todo era calma en Unamuno, que no todos sus movimientos y gestos eran simples acciones sensoriales y motoras, maquinales; que su consciente, su inquietud y su **voluntad de hacer** contenida, angustiosamente, estaban presentes al verlo ponerse, casi en seguida que se sentaba, a doblar papel y hacer pajaritas que le recordaban, seguramente, cuando se las hacía con amor a sus hijos, en su infancia, jugueteando con ellos, en el solar hispano, en la tierra que vieron la luz primera: en Salamanca.

Las pajaritas que hacían sus dedos nerviosos, sin que, al parecer, Unamuno importancia alguna les dara o sólo el del valor de distraerse un rato, «pasar el tiempo», para nosotros, los libertarios, expresaban bastante más: su amor a los suyos y a la España del Quijote, afectos limpios y elevados que algún día lo llevarían a simbolizarla con ejemplar sabia actitud quijotesca.

Observando cuán nerviosamente hacía las pajaritas **sentíamos** — al menos el que escribe — como si este nerviosismo de Unamuno clamara: — No estoy tranquilo e indiferente, ante lo que sucede a mi alrededor, como se imaginan los sujetos que aquí me conocen y me miran. Que «la música va por dentro», ¡sin sosiego! ¡España me llama y sufro no poder acudir a su llamado por estar en poder de bárbaros en estos momentos!

Curioso y penoso era observar cómo Unamuno hacía y deshacía pajaritas, volvía a hacerlas y a deshacerlas de nuevo siguiendo los dobleces que ya hizo dos o más veces. Una que otra vez al rehacer una pajarita con el papel en ese estado, sin estar mirándola como para distraerse más o, mejor, para aburrirse menos, por ser, en realidad, la impresión psicológica que nos daba, cerraba los ojos o miraba a su derredor como tratando de inquirir si atraía o no la atención de pocos o muchos de los sujetos presentes en el café.

El caso es que a pesar de él mismo o no, sus fruncimientos de cejas, y, en particular, sus nerviosos dedos haciendo pajaritas indicaban cuán alto bullía en su interior su alborotada sangre de español en el destierro, aunque carente de visión acertada y de resolución, en aquellos años, para aprovechar sus potencialidades en sentido constructivo.

Ya en 1924 escribió lo siguiente que refleja el estado de ánimo que entonces predominaba en Miguel de Unamuno: **Estoy pasando por el horror de la incertidumbre... no hay cosa más horrible que esperar... y yo espero. No puedo resolver nada, ni podría decir lo que me pasará esta tarde.**

No encontraba alivio a la amargura de estar tan cerca y sentirse tan lejos de España y de la Universidad de Salamanca.

Esporádicamente, buscando escape a sus pesadumbres, a sus congojas, a todas sus tensiones psicológicas y a sus angustias, en fin, escribía algo en «Hojas Libres» que, en realidad, eran cantos al sol y al ambiente de España, a cuanto carecía en París.

Y antes que nos lo echen en cara las personas que no olvidan, como ya lo han hecho «tibiamente», digamos toda la verdad no silenciando lo fundamental: Miguel de Unamuno jamás prestó su colaboración moral e intelectual — y menos material —, **efectiva**, a los que conspirábamos y luchábamos, con pasión encendida por la libertad del Pueblo español, por lograr el derrumbe de la monarquía y de la dictadura que la apuntalaba. A los libertarios esta actividad revolucionaria nos costó vidas en la misma frontera franco-española, muchas detenciones y encarcelamientos en el interior de España y también en el destierro — como le costó al firmante — «visitar», sin desearlo, de vez en cuando, la Jefatura de Policía, el Palacio de Justicia, «La Santé» y Fresnes.

Miguel de Unamuno fue el exiliado más escéptico e infeliz que pueda cualquiera imaginar. La falta de España lo hacía sufrir hasta el grado que le hizo abandonar París y dirigirse al departamento de los Bajos Pirineos para residir en Hendaya, junto a la frontera hispana, en los límites de las Vascongadas. ¡Cuánto las añoraba como vasco!

(Sin embargo, pronto expresó el deseo contrario. Volvió a pisar tierra española al caer la dictadura primorriverista; pero seis años después, en la navidad de 1936, en vísperas de ser asesinado — una semana antes — escribió las siguientes estrofas:

**Y yo en mi hogar, hoy cárcel desdichosa,
sueño en mis días de la libre Francia,
en la suerte de España desastrosa.**

—De ésta y mil maneras Miguel de Unamuno manifestaba cuanto anhelaba verse lejos de la bestial y cruel anti-España que aceleró su desaparición para evitar que escapara como se fugó de la isla de Fuerteventura, a donde lo deportó el dictador general Primo de Rivera, y luchara, esta vez sí, con todas las energías de su corazón y de su mente privilegiada, como los libertarios, en el exilio, desde 1939, por la libertad de España.

Hacia Francia, hacia México o hacia otro lugar:

lo que Miguel de Unamuno deseaba era verse libre de los feroces verdugos del régimen vaticanistafasciofranquista, a salvo de los mismos, ¡con vida!, con la vida que sabían querían destruir, a no tardar, por haberlos combatido y estar dispuesto a seguir luchando desde el exterior de la península ibérica hasta terminar con el Estado que está representando «Franco, Ese Hombre». Pero éste se encargó que el sueño de Unamuno no se realizara.)

Ya en Hendaya Unamuno no nos vería discutir a los libertarios con voz alta, apasionados, optimistas, en el café «La Rotonde» en donde tantas veces nos habíamos preguntado: ¿por qué nos elude tanto a los militantes de la Confederación Nacional del Trabajo de España y a los de la F. A. I.? Llegamos a la conclusión que Miguel de Unamuno no siempre que nos observaba aunque ligeramente, al parecer, era por considerarnos ilusos o locos en mal sentido, pues al fin y al cabo lo somos tanto o más constantes que lo fue él mismo: poseos de las sublimes «locuras» del Quijote. Pero más de una vez nos pareció descubrir que su rostro y su mirar se ensombrecían, que reflejaban cierta tristeza interior y disgusto con sí mismo, y entonces dejaba de hacer pajaritas, permaneciendo quietos sus dedos. Es indudable que pensaba. ¿En qué?

En más de una ocasión pensemos, o, mejor dicho, por ser lo cierto: **intuimos**, en momentos dados que nuestras miradas se cruzaban con las suyas o se sostenían, brevemente, que nos asociaba al nombre de Francisco Ferrer Guardia y a otros compañeros nuestros caídos en defensa de la Libertad y del Bienestar para todos. ¿Qué recuerdos le despertábamos y agitaban su conciencia? ¿Lo angustiaban más de lo que estaba por la situación que atravesaba fuera de España? Creemos que sí. Al menos así lleguemos a sentirlo como si nos lo hiciera saber con palabras.

¿Sentía ahora Unamuno, al tenernos en frente, bajo sus miradas, pesar y cierta vergüenza verse, como nosotros, los libertarios, desterrado por la misma monarquía que fusiló no sólo a nuestro malogrado compañero Francisco Ferrer, a las nueve de la mañana del 13 de octubre de 1909, sino también, en el mismo foso del fatídico castillo de Montjuich, en Barcelona, a Hoyos, Baró, Clemente García y a Malet? Este reivindicó, con energía, su participación en las acciones revolucionarias de la última semana del mes de julio del año precitado, dando el ejemplo al pueblo barcelonés que se solidarizó con los libertarios para protestar contra los embarques de miles de jóvenes españoles de todas las regiones hispanas hacia tierras africanas.

Por otra parte, otros ácratas fueron encarcelados y algunos bárbaramente torturados en calabozos policíacos y en las mazmorras del tético castillo de Montjuich que cuenta con todas las clases de aparatos de tortura que usó la inquisición en la Edad Media contra hombres de ciencia sin dogmas y los pensadores libres que tanto sufrieron en aquella ominosa época.

Como Malet y otros compañeros libertarios hicieron Francisco Ferrer Guardia, fundador de la Escuela Moderna y de la Editorial con el mismo título

de haber sido organizador o tomado parte activa en los hechos, directamente, en las barricadas barcelonesas, con o sin armas en las manos, pero si alentando, con su presencia en las mismas, a los revolucionarios que las ocupaban, tampoco habría negado, ante el tribunal militar que lo «enjuició», obstaculizando su defensa, el grado de su participación en el movimiento espontáneo del pueblo catalán contra el militarismo y la guerra que la monarquía incrementaba en Marruecos.

La popular acción anti-guerrera desencadenada en Barcelona gozaba de la simpatía del pedagogo y militante humanitarista Francisco Ferrer, como simpatizaban con la misma gran número de mujeres y hombres de todas las provincias de España. A esto se reducía su actitud personal, y al condenarlo a muerte acusado como principal promotor de las acciones anti-bélicas precipitadas las fuerzas negras de la reacción, de la anti-España, bien sabían que era inocente, y que cometían un asesinato «legal». Asesinando a Francisco Ferrer la Iglesia y el Estado monárquico pretendían acabar con las experiencias pedagógicas racionalistas y humanitarias que aquél inició, con creciente éxito, en 1901, en Barcelona.

(Continuará)

La cooperación libre

¿Por qué el anarquismo ha de ser comunista o colectivista?

La sola enunciación de esas palabras produce en el entendimiento la imagen de un plan preconcebido, de un sistema cerrado. Y nosotros, anarquistas, no somos sistemáticos, no preconizamos infalibles panaceas, no construimos sobre movediza arena castillos que derribará el más leve soplo del porvenir cercano. Propagamos la libertad de hecho, la posibilidad de obrar libremente en todo tiempo y en todo lugar. Esta posibilidad será efectiva para el pueblo tan pronto se halle en posesión de la riqueza y de ella pueda disponer sin que nada ni nadie se lo estorbe. Y será tanto más efectiva cuanto más el pueblo pueda libremente concertar los medios de metodizar la producción y la distribución de la riqueza puesta a su alcance.

Nosotros, anarquistas, podremos decir entonces al pueblo: «Haz lo que quieras; agrúpate como te plazca; arregla tus relaciones para el uso de la riqueza, como creas más conveniente, organiza la vida de la libertad como sepas y puedas». Y bajo la influencia de las diferentes opiniones, bajo la influencia del clima y raza, bajo la influencia del medio físico y del medio social, se producirá la actividad en múltiples direcciones, se aplicarán diferentes métodos y también, a la larga, la experiencia y las necesidades generales determinarán armónicas y universales soluciones de convivencia social. Obtendremos por la experiencia parte, por lo menos, de lo que lograremos con todas las discusiones y todos los esfuerzos intelectuales posibles.

Entre la historia y utopía

por LUCE FABBRI

DIOS Y EL PROLETARIADO

EN realidad estas concepciones en que la violencia revolucionaria rebasa su función liberadora y se atribuye en la reconstrucción la misión de una varita mágica, tienen sus raíces en una frecuente degeneración del instinto vital de potencia, degeneración que afecta tanto a los resignados como a los eufóricos y consiste en una codicia ilimitada de superioridad material, en la embriaguez de la acción moldeadora, en una impaciencia de realización, que puede ser el producto, tanto de un dinamismo exasperado, como de la pereza de la voluntad, que evita el esfuerzo menudo y sostenido, sin recompensa a término.

De esta misma degeneración del instinto humano de poder surge en las religiones la idea de la omnipotencia divina que de ninguna manera puede ser considerada como inherente a la perfección que a Dios o a los dioses se suele atribuir, sino que es una clara transposición de carácter antropomórfico a la divinidad del deseo que tiene el hombre de ser más fuerte que la naturaleza y de violentar sus leyes con milagros. A este propósito R. Mondolfo, en su último libro impreso en México: «Marx y el marxismo», cita a Feuerbach, resumiendo así su pensamiento: «El egoísta, dolorido por el abismo que separa sus deseos de la realización, se refugia en la imaginación arbitraria de una omnipotencia que, con sólo querer supera cualquier obstáculo: he aquí su dios». (Rodolfo Mondolfo: «Marx y el marxismo», Ed. Fondo de Cultura Económica. México, 1960, p. 35).

Es evidente la afinidad de esta concepción religiosa que le pide a Dios que tenga la omnipotencia que la humanidad desea y no tiene, con la creencia en una revolución, necesariamente violenta y dictatorial, que interrumpa el curso de la historia para introducir en ella desde arriba todo un sistema perfecto y racionalmente articulado, de cuyo ulterior desarrollo nadie habla, lo que le da indudablemente cierto carácter milagroso y paradisiaco de utopía. El proletariado que se identifica con la humanidad negándose a sí mismo como clase y que, dueño del Estado, lo destruye para dar vida a una sociedad sin éste, se parece mucho a un Mesías, aunque Gramsci, atormentado más por sus contradicciones intelectuales que por la cárcel, reconociera en él, o — mejor — en el partido que, según su opinión, lo representaba, al Príncipe de Machiavelli, con lo que en cierto sentido nos daba la razón, puesto que la finalidad del Príncipe es el poder y nada más que el poder y no la construcción de Utopía.

CARACTER TARDIO, SECUNDARIO Y CONTINGENTE DE LA DICTADURA EN LA REVOLUCIÓN

TANTO a los teóricos de la dictadura del proletariado como a los sostenedores más imprecisos, de la inevitabilidad de la dictadura provisoria para cualquier revolución, les podemos preguntar: ¿Qué revolución digna de este nombre comienza con una dictadura?

El primer impulso, violento o no, es, generalmente, un impulso de liberación: destruye trabas, desata fuerzas, dice palabras nuevas. La dictadura llega meses o aún años más tarde e inicia generalmente la fase contrarrevolucionaria. Para darse cuenta de esto, basta medir el tiempo que separa la revolución inglesa de 1648 de la dictadura de Cromwell, la toma de la Bastilla en Francia del terror robespierrista, la constitución libre de los primeros soviets en la Rusia de 1917 de la dictadura bolchevique que destruyó al machnovismo ucraniano y a las fuerzas renovadoras de Kronstandt; basta evaluar la distancia que separa el programa de Sierra Maestra de la militarización de la cultura y de la estatización centralizada de la reforma agraria, acompañada por un régimen de partido único y prensa amordazada, en Cuba. La verdadera revolución nace en la libertad y en la dictadura decae y muere.

Otras veces me ocupé de demostrar esta ineficiencia revolucionaria del poder absoluto. Repetiré algunos ejemplos que me parecen significativos. Julio César instauró la dictadura llevado, no sólo por su ambición, sino también por el deseo de realizar un vasto programa de reformas sociales, especialmente la reforma agraria. ¿Qué quedó de su tremendo esfuerzo, que llevó a la derrota a las huestes que defendían los privilegios de una aristocracia de latifundistas? Quedó la dictadura misma, disfrazada de Imperio, y quedaron los latifundistas. Quedó también un mito, el de Bruto; y es un malentendido, que pareció de todos modos útil y es en cambio un tóxico histórico, como todos los malentendidos.

El fruto más visible y duradero de la Revolución Francesa en sus comienzos fue la Declaración de los Derechos del Hombre; y hay una continuidad entre esta Declaración y el desarrollo de la revolución misma, hasta que la guerra, tres años después, pareció imponer el terror y la dictadura. Digo «pareció», porque se trató una vez más del mito de la «dictadura provisoria», que surge por razones de emergencia y se perpetúa por la lógica misma del poder. En efecto, esa Constitución de 1793, que la Convención aprobó inspirándose en un proyecto anterior de Condorcet, era verdaderamente la culmi-

nación del proceso revolucionario iniciado en 1789, y nunca se aplicó. Fue suspendida «por poco tiempo», es decir, «hasta la paz». He aquí la «dictadura provisoria», he aquí a Robespierre, que es, en terreno político, el padre de Napoleón. La Restauración y la Santa Alianza fueron una respuesta a Napoleón; no hubieran sido posibles con una Francia tan dinámicamente revolucionaria como la de 1789 y 1790.

Y hoy, si la involución autoritaria de la Revolución Rusa no se hubiera producido, si hubiera en Rusia un socialismo, no digamos libertario sino apenas democrático, en cambio de ese totalitario capitalismo de Estado que ha transformado una esperanza luminosa en una terrible amenaza, ¿qué gobierno del mundo se atrevería a enviar contra ella sus ejércitos? Ya lo vimos: antes de atreverse — solapadamente unos, en forma abierta otros — con España, los gobiernos de Europa esperaron que la coalición burguesa-comunista matara en ella la revolución libre en nombre de un gobierno fuerte, necesario — se decía — para ganar la guerra. El pacto nazi-soviético y la segunda guerra mundial tienen en el aplastamiento de la revolución española su punto de partida.

DE LA REVOLUCION AL IMPERIALISMO

PERMITASEMENE reanudar a este propósito un discursito empezado en 1947. La autocita tiene el único objeto de demostrar cómo el proceso, ya entonces muy avanzado, de la dictadura llamada provisoria, ha seguido desarrollándose según su lógica interior. Decía entonces: «En la revolución rusa la contrarrevolución ha empezado con Lenin y no con Stalin. La insurrección inicial no estaba dirigida a tomar el poder y menos aún a instaurar una dictadura, así como no pensaba en el poder 128 años antes el pueblo de los suburbios de París que destruyó la Bastilla. En Rusia los campesinos ya habían ocupado las tierras y habían surgido en toda ella los soviets autónomos, cuando Lenin desde Finlandia, estudiaba para su partido el camino más corto hacia el gobierno. Consecuencias de la dictadura bolchevique fueron el aplastamiento de la Comuna de Kronstadt, la derrota de Mackno, la destrucción de los soviets (substituidos por órganos del partido y del estado, con el nombre, pero sin la autonomía de los organismos primitivos) la colectivización forzosa en detrimento de las cooperativas, la Nep... Empezaba el lento y complicado proceso de la contrarrevolución con nomenclatura revolucionaria. El capitalismo privado se había derribado bajo los golpes de la sublevación popular. La dictadura llamada del proletariado, no ha creado realidades nuevas, a no ser el hecho brutal del poder. Ha quitado las fábricas a los obreros, la tierra a los campesinos, las comunas a los soviets locales, para incorporar todo esto al Estado. El absolutismo resucitado no tenía ya al zar, pero tenía una nueva y terrible arma: el controlador total, o mejor dicho, la gestión de toda la vida económica del país. Y las fuerzas revolucionarias fueron aniquiladas una tras otra, hasta que le ha

tocado el turno a la tendencia misma de Lenin. Nada más normal.

Con estas sucesivas eliminaciones, que Stalin realizó en provecho de su poder personal, el ritmo de la contrarrevolución se acentuó y se produjeron todas las restauraciones compatibles con los hechos nuevos que, surgidos de la revolución, habían sido adoptados por el régimen bolchevique como refuerzos y modernizaciones de su absolutismo: capitalismo de estado, industrialización, importancia de los técnicos y de la burocracia de partido, incremento y rejuvenecimiento de la casta de funcionarios estatales, partido único, identificación del Estado con dicho partido...» (Luce Fabbri: «La libertà nelle crisi rivoluzionarie» Montevideo. Ed. «Studi Sociali» 1947, p. 15).

Todas realidades que el régimen ruso tuvo en común con los totalitarismos más occidentales y más orientales que fueron derrotados en la segunda guerra mundial y cuya herencia él recogió, aún enarbolando una bandera contraria. Esto era lo que se podía decir hasta 1947.

Luego, Stalin duró unos años más y murió. Sobrevino en Rusia el llamado deshielo, se dijeron muchas cosas contra el culto de la personalidad y surgieron grandes esperanzas. Pareció terminada la era dogmática de una cultura definida desde lo alto en fórmulas obligatorias; pareció terminada la pesadilla del tiro en la nuca para los herejes del partido único. Por la hendidura que se entreabrió se coló el doctor Jivago. Pero la derrota del eje Berlín-Roma-Tokio abrió grandes posibilidades para revoluciones populares y, al mismo tiempo y en los mismos países, para una potenciación desproporcionada de los distintos partidos comunistas dirigidos por el ruso, que es partido y, a la vez, es gobierno.

Ahora bien: la lógica del poder en proceso de expansión anuló ese comienzo de distensión interna que siguió a la muerte de Stalin. El Politburó ruso (conste que no digo el Kremlin) no puede tolerar que triunfe en cualquier parte del mundo un socialismo sin dictadura, una revolución que no desembogue en la formación de un estado-satélite de Rusia, es decir gobernado, más o menos abiertamente, por un partido comunista dirigido desde Moscú. Y he aquí que procedimientos similares al tiro en la nuca, que Stalin había utilizado anteriormente en España, se aplicaron en gran escala en una Hungría que pedía la libre socialización y los consejos de fábrica como antes, en escala menor, se había aplicado en otros países satélites. En Hungría murió, pues, la breve ilusión.

IMPERIALISMO NACIONAL Y DE PARTIDO

ENTENDAMONOS bien: se suele hablar de imperialismo ruso. Y no se puede negar que, tanto la propaganda patriótica que Stalin propició en Rusia durante la guerra (propaganda que llegó hasta la revalorización de Iván el Terrible y de Alejandro Newsky) como las negociaciones de Yalta y, más tarde, la expoliación de los países satélites en provecho de «la patria del proletariado», dieron validez a la expresión.

No se puede negar que haya un imperialismo ruso; pero hay también codicia de dominio del partido comunista en escala mundial. Y las dos codicias no siempre coinciden, como parecieron coincidir absolutamente en los tiempos de Lenin y en la mayor parte del período estaliniano, hasta la rebelión de Tito. A partir de este acontecimiento, empezó a haber una tensión interna entre el imperialismo nacional y el de partido, tensión que no parece destinada a terminar en ruptura, puesto que ambos tienden al estado único y al partido único en escala mundial, finalidad hacia la cual gravita todo totalitarismo si quiere subsistir. Hasta la última guerra, Rusia era indiscutiblemente, para los comunistas, la «patria del proletariado», y su partido gobernante el «partido guía». Por lo tanto el impulso imperialista del nacionalismo ruso a través de la red de los partidos comunistas del mundo y el impulso hacia el dominio mundial, que mueve el partido comunista internacionalmente considerado no podían sino coincidir.

Ahora se empiezan a ver como dos fuerzas distintas, más en el terreno práctico de la lucha diaria que en el teórico de la finalidad última: el Estado mundial con un único partido. A medida que el partido comunista se extiende, sus luchas internas cobran una importancia que lo trasciende. Es por otra parte una característica general (y natural) del partido único la de trasladar a su interior las distintas tendencias en conflicto en el mundo.

En realidad la tensión actual en el mundo comunista no es dada por el conflicto ideológico entre internacionalismo y nacionalismo (puesto que todos los partidos comunistas son nacionalistas e internacionalistas a la vez), sino por la rivalidad entre los más fuertes de estos partidos, que coinciden geográficamente con las naciones más poderosas del «bloque oriental». Después de Yugoslavia tenemos ahora China, que parece haber vuelto hoy, después del paréntesis de las cien flores, a un estalinismo cerrado que le sirve para disputarle a Rusia el liderazgo del mundo comunista. La relativa cohesión de este último es evidentemente mantenida desde afuera, por la guerra fría.

En el mundo llamado capitalista, por otra parte, mientras por un lado se refuerzan las tendencias del gobierno fuerte, a la puesta fuera de la ley de determinados partidos, a la intervención estatal en la economía y a una burocratización centripeta de la producción y de la distribución, todos fenómenos que preparan el terreno a una victoria del totalitarismo desde adentro más a través del golpe de estado y de la consabida «dictadura provisoria» que a través de una guerra declarada, por otro lado se liquida rápidamente el imperialismo colonialista y cambia de carácter el imperialismo económico.

Aquí entra en escena otro mito, que arrastra a grandes masas detrás de viejas banderas: el mito nacionalista tan anacrónico en nuestro tiempo como el mito del Imperio universal en la Edad Media. Asia, Africa y —en menor medida— Latinoamérica, están llenas de ese mito que siempre lleva consigo sangre y muerte y oculta lo que está verdaderamente en juego.

En realidad, todas las fuerzas que detentan el poder, las «democráticas» (léase «capitalistas») y las «socialistas» (léase «totalitarias a través del capitalismo de estado») tienen interés en ocultar lo que está en juego. Ambas gritan «patria o muerte»: ambas identifican la revolución socialista (o tendiente a limitar — como quiera que sea — los abusos de la propiedad privada) con la dictadura de partido: las primeras para desvalorizar al socialismo y atraerse a los amantes de la libertad: las segundas para valorizar la dictadura y lograr para ella el apoyo de los que quieren el «socialismo» a aun sólo — genéricamente — la justicia. Un ejemplo puede ser dado por el juicio unánime, aunque laudatorio en unos y condenatorio en otros, sobre la reforma agraria venezolana, dirigida no hacia el socialismo, sino sólo a una menos injusta distribución de la tierra, presentada por todos como insignificante y tan profunda, en cambio, parece, como la cubana, pero sin dictadura ni paredones, al menos hasta ahora. Esta comparación no es cotejo de ideologías ni aprobación a ninguna obra de gobierno. Quiere sólo ayudar a mostrar los peligros que le hace correr a la revolución la violencia insurreccional, cuando la insurrección se hace gobierno y esa misma violencia se ejerce desde arriba.

El tiempo que nos separa del momento en que se escribieron estas líneas vio malograrse en parte los esfuerzos venezolanos de que en ellas se habla, como consecuencia de una fuerte presión violenta, ejercida alternadamente, desde abajo por militares de derechas y movimientos comunistas, empujados unos y otros en impedir cualquier progreso no dictatorial y en empujar al gobierno mismo hacia la adopción de medidas de fuerza: prueba — que no necesitábamos — de la extrema vulnerabilidad de toda acción positiva realizada desde el gobierno. De los resultados de esa acción perdura solamente lo que queda bajo el control de los directamente interesados, fuera de toda jurisdicción gubernamental.

IDEARIO

La afirmación de que «todo es de todos» no implica que cada uno pueda disponer de todo arbitrariamente o conforme a una regla dada. Significa solamente que estando la riqueza a la libre disposición de los individuos, queda a merced de éstos la organización del disfrute de las cosas.

La investigación de las formas de organizar este disfrute es ciertamente útil y necesaria, sobre todo a título de estudio; no a título de imposición doctrinal. Pero esta misma investigación no dará ni es deseable que determine un credo social. En materia de opiniones es preciso ser respetuoso con todas. La libertad de llevarlas a la práctica es la mejor garantía de este respeto.

Ricardo MELLA

BIAFRA

por GUERRERO LUCAS

UN genocidio está en curso. Este vocablo define el horror de una situación reconocida intolerable que se impone denunciar, evidenciar sin descanso, condenar una y mil veces, hasta que se cristalice la indignación de los hombres que ni usan ni justifican estrategias inhumanas. Sin duda puede objetarse que las condenas platónicas cambian raramente el curso de los acontecimientos: Ello no será jamás razón de guardar silencio. Por otra parte, la Historia, plagada de ejemplos vivos que pregonan la vigencia superior de lo moral, nos enseña que la causa del bien prevalece contra las violencias desatadas por todos los asesinos, sea cual fuere el envoltorio de que intenten adornarlas. Y hasta la debilidad de los preceptos humanistas, cuando, como en el presente, aparecen casi indefensos, se hace fuerza incontenible al ser éstos invocados con la firmeza que otorga el servicio de la verdad, de la justicia, del bien, de la vida por sí misma que es ya un argumento altísimo, más legítimo y jugoso que cualquier razón de Estado, y que todas ellas juntas.

HACE tiempo que este asunto anda en boca de la manada indolente titulada opinión pública. No es un tema original. Hablar del drama biafreño es añadir voz a un conjunto de falsas reprobaciones o de ignorancias gimientes que ni aportan soluciones ni muestran tener conciencia del contorno del problema, o de la profunda crisis de valores esenciales que su existencia traduce. Digamos que, en cuanto a falta de reacción humanitaria e ideológica, es la edición africana del calvario vietnamita o de los ecos levantados por la tragedia de Praga. Proclamas de ofuscación, interesada o de buen tono. Lamentos circunstanciales nacidos en la indigencia mental de las multitudes, más dadas a suscribir las oponiones dirigentes que al discernimiento propio. La irresponsabilidad deliberada del conjunto. La dimisión del gran número, que entorpece y contrarresta los esfuerzos generosos de las minorías conscientes que sostienen la divisa del hombre formado y libre.

Así, Biafra ha recibido cuanto el universo estaba en condiciones de ofrecerle: Lágrimas de costurera para sus niños hambrientos.

Protestas de sobremesa por sus hombres empalados o muertos a machetazos. Alusiones mesuradas a esos buitres juguetones, ahitos de carne humana, que desdennan los cadáveres dormidos por las cunetas. Visiones espeluznantes que nuestras televisiones de mundo civilizado se arreglan para hermanar a programas de variedades. Al Este, los «comunistas» han de informarse en sus células si les corresponde amar o maldecir a los biafreños, según las maquinaciones exteriores del Partido. Al Oeste se da a luz la mendicidad compasiva y la explotación vergonzante de la moigatería. El orden cristiano lanza proclamas altisonantes mientras que, por las trastiendas encamina el armamento que ha de consumir el crimen. Poderes que se pretenden de grandeza se hacen causa de más y nuevos dolores, por sus empujes astutos al bando ya derrotado...

Todo ha sido dicho y hecho. Sin embargo, hemos de hablar. Hablar para precisar que nuestra visión es muy otra. Que rehusamos integrarnos a la sinietra comedia de alcurnia internacional que acompaña a esta hecatombe. Mas no se puede tratar

crimen de tal envergadura sin prestar a cada término su justo significado y su sentido más real; sin empezar por llamar a cada cosa por su nombre, distinguiendo este bestial atentado contra la especie de las consideraciones nacionales, económicas, políticas y geográficas que quieren legitimarle: Ansioso de preservar la unidad territorial, las fronteras heredadas de la colonización, el poder central de Lagos reprime la secesión de una provincia nigeriana. En política, estos hechos se enjuician funcionalmente.

¿Pero qué funcionalismo logrará justificar la mutilación implacable de las poblaciones Ibos? Obtenida la victoria militar, ya previsible en los albores del conflicto, las represalias civiles buscan la eliminación física de todo un pueblo, culpable de no adhesión al despotismo centralista. En Lagos no se bromea con la autoridad y el orden, fórmulas que encuentran siempre una acogida comprensiva ante los gobiernos del mundo. Así, la Organización de la Unidad Africana, reunida recientemente, se separa sin tratar a fondo este horrible asunto; sin patrocinar un gesto hacia la pacificación. Su desho-

nor no es mayor que el de las Naciones Unidas. Se hace más y más visible que los gobiernos no expresan el sentir de los sectores sanos de la sociedad. Que se nos conceda pues una suprema irreverencia: Por en serio que se tome, el general Gowon es un asesino pestilente. Sobre su voz de estadista, la voz de la humanidad grita que hay hombres que mueren. El resto es literatura.

Un genocidio está en curso. No es el primero, ni el único, ni siquiera el más actual. Es sólo el que más airea cierta prensa dirigida. En Hué también hay niños ferozmente destripados por la solicitud yanqui. En el Sudán se extermina a comunidades que luchan por su derecho a la vida. Y el pueblo kurdo perece, víctima de sus verdugos y de las indiferencias cómplices del universo. Biafra es el más aireado. Y esto es significativo. Nosotros, que compartimos su duelo con toda el alma, no dejamos de observar la solidaridad dudosa, las pretensiones equívocas de los grupos financieros, las competencias políticas, religiosas y de bloque, la sordidez de la trama tejida sobre el martirio por los sucios intereses vaticanos y demócratas que han alentado el principio de la secesión biafreña, y explotado la ambición del coronel Ojukwu para empujar hasta el suicidio a la comunidad Ibo.

Las responsabilidades están claras, aunque impunes. Pero tal impunidad tendrá que ser provisional. La conciencia universal es algo más que una palabra. La idea de libertad, de humanidad y de justicia; las inquietudes eternas del corazón de los hombres son más fuertes que el zarpazo cerril de la tiranía. más reacias y penetrantes que los carros de combate, más seguras e inviolables que todas las cajas-fuertes, más enhiestas que la causa devaluada del poder. Por obstinarse en ignorarlo, el orden autoritario y el desorden democrático, que se han repartido el mundo, se debaten en la asfixia, comidos en sus entrañas por la juventud rebelde que ni comparte ni absuelve el incalificable escándalo que ha sido y es aún su trayec-

toria. El desequilibrio generacional resulta ya irreparable...

Casi todo el hemisferio de la América española vive actualmente un estado de insurrección general. Privada de su careta falsamente venerable, la Europa del privilegio asiste al resurgimiento de una conciencia popular ansiosa de claridades. Al Este, la construcción zarista se desintegra. Un humanismo activista se apodera de la escena social. Y la inteligencia retorna al deber sagrado de demistificación que siempre ha sido más suyo. El viejo mundo se engaña si espera rehabilitarse, aplacar la rebelión, con declaraciones pomposas, represiones dosificadas o la invocación idiota de los preceptos atávicos que el mañana ha condenado. En nombre de bellas fórmulas y de principios teóricos los regimenes se entregan a excesos espeluznantes. La infamia de su quehacer económico y político no es ya sólo que tolera sino que incluso provoca las páginas sanguinarias que son rubor de la especie, de las que el drama bia-

freño es sólo una versión reciente. Errores tan gigantescos, actitudes tan groseras precipitan la repulsa del orden irracional vigente por todas partes. El clamor de acusación que de la Tierra de Fuego a los confines orientales se alza contra los sistemas sabrá tenerlos en cuenta.

La juventud retendrá que el mundo de la conquista nuclear es incapaz de llevar un gramo de arroz a los niños harapientos. Las fachadas rutilantes de la civilización ya no deslumbran a nadie.

Cuanto más se enfanga el mundo de la autoridad, más clara y más atrayente se yergue la libertad.

Un genocidio está en curso. Decir que los Ibos mueren puede ser una manera de honrar esas vidas rotas. Es útil, indispensable que ante la conspiración criminosa de los gobiernos se mantenga el testimonio de la conciencia humanista, que clama y clamará siempre por el derecho a la vida de los niños y de los hombres.

La mosca y la araña

(FABULA)

Me encontraba una mañana a la vera de un canal, viendo resbalar sus aguas en dirección hacia el mar. Mientras tanto contemplaba una araña en un zarzal tejiendo, negra y astuta, su tela con su torzal. Tejía hilo tras hilo, con obscuro lupanar, como el verdugo fabrica el arma de su maldad. Y después de haber tejido su malla, se fue a sentar en su trono sardanápalo, para empezar a cazar. Y entre el agua cristalina y el sol de un mes estival, entre flores y entre trinos, ligera solía volar una mosca gris y clara, sin concierto y al azar, con anarquista alegría, ansiosa de libertad.

La araña estaba en su sitio,

en su trono de sultan, mientras la mosca lanzaba sus vuelos de ven y van. Y la araña allí esperaba, de volar con loco afán, que la mosca se acercase a su red, como un caimán. Así sucedió a la hora de volar con loco afán, sin pensar en el peligro de su libertad sin par, puesto que la ácrata mosca creía en el bien sin mal. Presa fue del negro bicho: sus alas fueron a dar en la tela, negra cárcel, prisión de su libertad. Así en la vida del hombre sucede. ¡Triste verdad! El hombre libre y ligero, que ama toda libertad, es vencido por la astucia, la ambición y la maldad.

ANONIMO

FIGURAS
ESPAÑOLAS

CERVANTES

A L comenzar esta galería de figuras españolas ninguna más indicada que la de Cervantes. Cervantes es el prototipo del hombre español. Soñador, romántico, andariego, conoció todas las vicisitudes de la época. Su figura es un símbolo del hombre medio español. El encontró el prototipo de nuestro pueblo, pero él lo encarnó con su propia personalidad. Se hizo carne de su propia carne, cerebro de su propio cerebro. Tanto es así, que en la leyenda de los tiempos y en la lejanía de las edades, muchas veces se confunde el creador con la creación. No sabemos si Cervantes es el mismo Quijano el Bueno o si don Quijote de la Mancha, es el propio Cervantes. Se ha compenetrado tanto su espíritu con su creación que no pocas vemos cabalgar a lo largo de los años el símbolo y el creador sobre un mismo destino: el destino de España. Por eso, al querer trazar pinacoteca humana de las figuras españolas, el nombre de Miguel de Cervantes se coloca en el testero de nuestro salón español como el ejemplar más indicado, para que presida nuestra obra. Hijo del pueblo, se confundió con él de una manera tan entrañable que supo escudriñar el alma de los españoles, ya que toda su prosa no es más que la exposición genial de lo que este pueblo era. Fue hombre ante todo. Hombre con una grandeza de alma, que le hizo sentir, comprender lo que el pueblo español era y deseaba, con todos sus defectos y todas sus virtudes.

Nació Miguel de Cervantes Saavedra en Alcalá de Henares. Ciudad universitaria ésta, era en su tiempo la cuna del saber español. No podía tener mejor lugar para conocer el mundo. Su partida de nacimiento marca el día de su natividad el primero de octubre de 1547. Reinaba entonces el primero de los Habsburgo. Era el cuarto hijo de un modesto cirujano, de los llamados «romancistas», es decir, de aquéllos que habían estudiado la medicina en lengua romanceada y no en latín, cuyo nombre era Rodrigo, que tuvo por padre a un licenciado, que hubo ocupado dentro de la magistratura buenos empleos. La madre de Cervantes se llamaba Leonor de Cortinas, pero su origen nos es desconocido. Siete fueron los hijos nacidos de este matrimonio. Esta familia, cargada de hijos, para ser más netamente española, llevó una vida pobre y llena de estrecheces. Por el año 1552, cuando Miguel de Cervantes tenía cinco años, vivían sus padres en Valladolid. En esta misma fecha y en este mismo lugar, el padre de Cervantes fue encarcelado, por deudas, durante dos años. De todo ello se deduce que los primeros años de Miguel de Cervantes fueron duros. Anduvo de una parte a otra, con una gran cantidad de hermanos, todos ellos pequeños, pasando sinsabores y estrecheces. Desde niño conoció la miseria, y es-

to le hizo pensar y comprender desde la más tierna edad la dureza de la vida y aprendió a conocer, con la miseria el dolor, y, con el dolor, a los hombres.

¿Hizo estudios regulares Cervantes? En 1568 se sabe que Cervantes se hallaba en Madrid, donde no había aún universidad, pero realizaba los estudios en el colegio de la villa, que dirigía el clérigo Juan López de Hoyos. Se conocen estos detalles porque este mismo año murió la tercera mujer de Felipe II, que dio motivo al año siguiente a la publicación de un folleto donde se recogen diferentes poesías dedicadas a los funerales de la muerte de la joven reina, donde figuran un soneto y cinco quintillas de Miguel de Cervantes, así como una elegía en nombre de todo el colegio. Son los primeros versos de Cervantes, donde él se cree ya poeta, y fue ante todo un genial prosista. Como alguien ha dicho, «el mejor narrador del mundo».

En diciembre de 1569 partió para Roma, donde fue ayudante de un joven prelado llamado Giulio Acquaviva, natural de Nápoles. De esta vida íntima de camarero episcopal nos habla de una manera indirecta en su «Galatea». «Topaba» por primera vez con la vida íntima de la Iglesia. El motivo de este viaje a Roma fue que este prelado estuvo en Madrid el 13 de octubre de 1568, para llevar

las condolencias, en nombre del papa Pío V, a Felipe II, por la muerte misteriosa del príncipe don Carlos. Cervantes conoció la corte pontificia al fin del renacimiento, con toda la decadencia degenerada de vicios, donde el placer y la molice eran la única preocupación de cardenales y pontífices, mientras los artistas de renombre universal pintaban y esculpían para embellecer tanto boato.

Cervantes se enroló más tarde a las tropas del rey y fue soldado de nuestros tercios, recorriendo Italia, donde las posesiones españolas eran aún considerables. Otros creen que partió para Italia el año 1570, para las campañas de preparación a la gran batalla de Lepanto. El desenvolvimiento del espíritu de Cervantes en Italia fue considerable. Allí florecían las artes y las letras en pleno esplendor. Todo el espíritu cultivado de la época tenía sede en aquellas repúblicas italianas. En no pocos pasajes de las obras de Cervantes se encuentra este concepto renacentista italiano, donde nuestro don Miguel se enorgullece de la exuberancia de vida, del júbilo que reinaba por doquier, de la abundancia de material, del lujo, de unas tierras sonrientes, al lado del paisaje austero de nuestra Castilla, que él había visto desde su infancia.

Participó en la batalla de Lepanto, como soldado de la compañía que

Diego de Urbinaque había organizado en 1571 en Valencia. Esta compañía se hallaba el 2 de septiembre en Mesina, en la galera «Marquesa», que dirigía el comandante Francisco Santos Pietro. El 7 de octubre se encuentra en la rada de Lepanto, entre el golfo de Patras y el de Corintio. Cervantes tiene en aquel entonces veinte y cuatro años. Posee toda la fiebre de su juventud española, deseosa de conquistar el mundo y conocer todas las tierras del planeta. El combate en aquella batalla contra los turcos, con gran coraje. Hubiera podido, debido a sus condiciones de hombre de letras, pasar las horas del combate en el interior de la embarcación, pero prefirió ocupar los lugares más peligrosos de la embarcación, como lo afirma uno de los compañeros de armas que iba en la misma embarcación, el teniente navarro Santisteban. Cervantes recibió dos descargas de arcabuces en el pecho y fue herido gravemente de la mano izquierda, que la tendra imposibilitada para siempre, pero que poseerá el honor de ser para la historia «el manco de Lepanto».

Con esta victoria, que tuvo gran eco en los poetas de aquel tiempo, como la famosa oda del «divino» Herrera, que ha perdurado hasta nuestros días. España tenía grandes marinos, como el propio Don Juan de Austria, hijo natural de Carlos V, el marqués de Santa Cruz, y Alvaro de Bazán. La flota española volvió a Mesina. Allí fue curado Cervantes. El 29 de Abril de 1572 se incorpora Cervantes al famoso tercio de la Liga, que mandaba Lope de Figueroa. Visitó Palermo, pasó después a Nápoles, donde confiesa en su «Viaje al Parnaso», «haber frecuentado sus calles «más de un año». Recorrió poco después la Italia del Norte. Desde los fines de 1573 a primeros de mayo de 1574, estuvo en la Sardinia, y, más tarde, a Génova, en expedición, y otras tierras del mediterráneo.

El 20 de septiembre de 1575 volvía a España, con letras de recomendación del duque de Sesa y del propio don Juan de Austria, por su comportamiento y su valor a toda prueba, que le habría haber permitido asegurar un medio de vida en la corte de Felipe II. Embarcó en el navío napolitano llamado «Sol», en compañía de su hermano Rodrigo, soldado como él. A la altura de Santas Marías de la Mar, Francia, la galera fue capturada por dos galeotes turcos, des-

pués de una lucha desespeada. Cautivos de los turcos, fueron llevados a Argelia, Rodrigo, bajo el dominio del moro Dey, y, Miguel, del capitán corsario Armaute Mani. Rodrigo pasó en el cautiverio dos años, pero Miguel, nuestro Miguel de Cervantes, cinco años. Fue liberado el año 1780, por el precio de 500 escudos, monedas de oro, que equivalían a 7 pesetas, al momento que estaba a punto de ser conducido a Constantinopla. Esta cantidad era destinada a la liberación de un gentilhombre aragonés, pero pareciendo insuficiente a Dey y a Hassan la suma, fue aceptada para la liberación de Cervantes, y esta circunstancia fortuita, salvó y liberó a nuestro glorioso manco, para gloria de las letras hispanas.

Cervantes relata estos años de cautiverio en su famosa novela «El Cautivo». Allí está la vida del hombre lejos de su tierra, que piensa en ella, que busca todos los medios para huir. Conoce la vida íntima de la Mauritania y de aquel pueblo, que tanta relación tenía con el nuestro. El nos habla de unos amores. ¿Fueron ciertos? Cervantes después de este relato novelesco no ha vuelto ya a hablar más sobre estos años de destierro. Solo la nostalgia de una vida llena de amargura se deja entrever a lo largo de este relato. Como otros grandes hombres de la antigüedad y de los tiempos modernos, conoció el cautiverio y la prisión. Todos estos trastornos, llenos de miserias y de privaciones, forjaron el alma de Cervantes. Es posible que su obra no hubiera sido de la profundidad que ha sido si no hubiera pasado estos años de destierro. Su alma se forjó en la lucha de cada día y en la adversidad y en el dolor.

Cuatro veces intentó escaparse y todas ellas fracasaron a sus propósitos, por las dificultades que habían de vencer y porque los hombres comprometidos en tales empresas, llenas de riesgos, no respondían a sus propósitos. El siempre afrontó todos los momentos difíciles con un espíritu tranquilo y un corazón resuelto a todo, hasta jugarse la vida, si era preciso, aún con la amenaza de una ejecución inmediata. Un poeta siciliano llamado Antonio Veneziano, en una obra que escribió titulada «Celta», trata a Cervantes de «médico, amigo y máximo doctor», y estas palabras se ve que no son pura fórmula, puesto que otros documentos acreditan la discreción, la

valentía y la nobleza de Miguel de Cervantes, en los años de cautiverio.

Sin embargo, de nada le sirvió todo ello al volver a España. Desde esta fecha, 1580, hasta el fin de sus días tuvo siempre que vivir de la miseria y de la caridad, cuando no encarcelado y perseguido por tribunales de su época. Nunca puede conseguir un empleo fijo, como otros ganapanes y truanes de su tiempo conseguían, para poder asegurar su vida material, y poder especular libremente sus deseos intelectuales y espirituales. Siempre por falta de protección y de mala suerte, no interesó jamás a una corte de balduques que adulan a los cortesanos. Su familia nada le pudo ayudar, dada la mediocridad en que vivían.

En estas correrías de hombre fracasado buscando pan y trabajo, tuvo amores con una joven de Esquivias, pueblo cerca de Madrid. De aquella aventura nació una niña, que llevó su nombre patrimonial. Se casó con aquella doncella toledana, llamada Catalina de Palacios Salazar. Cervantes tenía en aquel entonces treinta y siete años. Su mujer era tan pobre como él. Poco duró la armonía de aquel matrimonio. No hubo más hijos. La miseria y la incompatibilidad de carácter les alejó pronto. Cervantes partió por tierras de Andalucía y su mujer quedó con los suyos, en Esquivias. Es el año 1585. La falta de medios deshizo prematuramente aquel matrimonio, sin patrimonio por ambas partes.

Dura fue la vida de Cervantes por Andalucía. Tuvo que hacer toda clase de trabajos, aún los más humillantes. Allí conoció el bajo mundo de nuestra picaresca. No pocos personajes reales de aquel tiempo pasaron después a sus obras. Tiene que ser colector de subsistencias, comisario de alcabalas y trabajó en la preparación de la escuadra, que preparaba en aquel entonces Felipe II, que tuvo el nombre de la Invencible. Por aquel tiempo escribió «La Galeata», que recordaba sus años de soldado por tierras de Italia y de cautiverio. También intentó estrenar alguna obra en el teatro, con éxito. Su pluma no le daba de comer y tuvo que recurrir a múltiples trabajos y a no pocos negocios incompatibles con su carácter y su temperamento. Ingrata era la vida del hombre de letras! En España las letras nunca han sido bien paga-

das. Ha sido el más ingrato de los oficios.

En este andar de busca vidas, fue agente de negocios y preceptor real. En 1580 tuvo que decomisar el trigo de la parroquia de Ecija y más tarde en Castro del Río tuvo que enfrentarse con el sacristán de la villa. Esto le costó una excomunión, y, más tarde, tuvo que ir a la cárcel de Sevilla. Allí conoció un mundo donde las costumbres y el lenguaje era increíble para él. Tres veces estuvo en la cárcel sevillana. 1592, 1597 y 1602. Muchos creen que dentro de estos presidios concibió las primeras ideas de su Quijote. En una frase del prólogo de su obra maestra dice así: «En una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde triste ruido tiene su habitación». Si que es verdad que desde 1602, que deja por última vez la cárcel de Sevilla, a 1606 que por orden real se le permite editar su obra genial, ordenanza, firmada en Valladolid, donde se hallaba la corte, es el tiempo que transcurre para que su «Quijote» apareciera a la luz pública, en Madrid, editado por Juan Cuesta, en enero de 1605. Una leyenda tradicional manchega, atribuye la cárcel de Argamasilla de Alba, donde Cervantes dio con sus huesos, en donde concibió la figura hidalga de su fementido personaje, aunque se ha demostrado que en esa fecha Argamasilla no tenía prisión, y sólo existía en aquella comarca la del castillo de Peñarroya. El no quiere recordar «un lugar de la Mancha». Pero, ¿a qué se debe este amargo recuerdo? ¿Es acaso el de su mujer y el de su desventurado matrimonio. No hemos de creer que la Mancha empieza en Toledo y tal vez, geográficamente, a las puertas de Madrid?

Nada mejora la vida de Cervantes después de la publicación de la obra que le ha hecho inmortal. Fue mal pagado. La piratería intelectual existía. Primero la encontró en alta mar con los turcos, después en tierra castellana, con los editores y gentes de la misma ralea. Se estableció en Valladolid, en el número 14 de la calle del Rastro, hoy convertida en biblioteca cervantina. Vive en compañía de dos hermanas, de una nieta y de su hija Isabel, en unas condiciones mediocres y hasta con miseria. Constan-

temente la justicia no le dejó tranquilo. Los hombres de letras han sido siempre sospechosos en España. En una ocasión, hubo una muerte — hecho sucedido en enero de 1605 — en su propia puerta. Once personas fueron detenidas. Una de ellas Cervantes. En el año 1609 se casó su hija Isabel, y era tal su pobreza que no le pudo ni comprar un pequeño ajuar. Tanta era la miseria que llegó a pedir al conde Lemos, a quien le dedicó su obra maestra, de partir para las Indias, para poderse ganar la vida.

Cinco años consecutivos vivió Cervantes en Valladolid. Felipe III trasladó definitivamente su corte a Madrid, aunque ya su padre, Felipe II, la había inaugurado, perdiendo Valladolid todo el boato de la realeza. Se ignora si Cervantes cambió de residencia por este motivo. Solo se sabe que algunas de sus obras de esta época se hallan firmadas en Madrid. Se le rechaza la demanda de partir para las Américas por ser ya demasiado viejo. Su vida se dedica intensamente a las letras. Forma parte de algunas cofradías, que eran en aquellos tiempos una especie de club o de sindicatos, donde se reunían los hombres de determinadas profesiones y donde se seleccionaban las amistades y las relaciones. Algunos tacaños mecenas le ayudaron a llevar adelante su vida, ya que su renombre aumentaba cada día por la publicación de sus múltiples obras, que eran apenas leídas en una España donde nadie lee, y todo el mundo va a misa y al rosario.

La vejez, las estrecheces y las enfermedades le achacaban más cada vez. El médico José Gómez Ocaña, dice, en un estudio sobre la historia clínica de Cervantes que éste sufría de esteriocleose y era cardíaco. La hidropesía fue también una de sus dolencias. Su última obra es «Trabajos de Persiles y Segismunda». En el prólogo de esta obra dice: «Puesto el pie en el estribo de la muerte». Hizo un viaje a Esquivias — pensemos que allí dejó su mujer — y tuvo un síntoma agudo cardíaco. Tenía sesenta y nueve años. Supervivió hasta el 23 de abril de 1616, en que terminó sus días, después de una existencia llena de amarguras y de miserias. La muerte casi fue una liberación.

Murió tan pobre como había vivido. Ni un céntimo había en su casa el día de su entierro. Vivía en el número 2 de la calle de Cantarranas de Madrid, no lejos de la vivienda de Lope de Vega. Su entierro fue un sepelio de pobre. Los hermanos de la paz y de la caridad sufragaron los gastos. Mayor pobreza no se podía concebir. Es lo que se llama en España vulgarmente un entierro común. Se le enterró en el convento de las Trinitarias. Allí reposan sus restos mortales. Su figura como hombre ha quedado casi desvanecida. Solo queda un retrato debido al pincel de Jauregui que data de 1600. Algunos le creen apócrifo. Un esbozo hecho por la pluma del mismo Cervantes en el prólogo de las «Novelas ejemplares» nos dicen las cualidades físicas del autor del Quijote. Frente ancha, enjuto, nariz aguileña, ojos rasgados, bigotes lacios, barbilla puntiaguda, cabellos espesos, mirada firme, cejas pobladas y boca regular. Una figura española, de trazos castellanos. Un hombre, un verdadero hombre español.

Queríamos estudiar además del hombre su obra y su espíritu. El espacio de la revista no da para más. Hemos visto sólo el hombre. El hombre de carne y hueso. El hombre que sufre y lucha por la vida por el cotidiano vivir. Le vemos hijo de familia numerosa, ganando la sopa boba con los clérigos, soldado en nuestros tercios militares, preso en las galeras del cautiverio, encarcelado mendigando el pan de la nobleza y muriendo en la miseria. ¿No es esta la vida de la mayoría de los hombres de España? ¿No vemos en la vida de Miguel de Cervantes y Saavedra el retrato de todos los españoles? El parió y creó el prototipo más genial de nuestro pueblo, pero Cervantes mismo es a la vez el émulo generatriz de tantos hombres de nuestra España minada por el clericalismo, devorada por el militarismo y depauperada por la miseria por falta de pan material y de nuestra ignorancia llena de analfabetismo. Sirva la figura de Cervantes como consuelo y estímulo de nuestra lucha espiritual, para que nuestro quijotismo rompa con todos los males que anquilosan nuestra querida España amordazada.

Una tarde con Eugen Relgis

por VLADIMIR MUÑOZ

VIVE Eugen Relgis en la capital del Uruguay, la ciudad inmensa de Montevideo. Digo «inmensa» por su extensión, pues aunque sobrepasa el millón de habitantes, está lejos de ser la populosa Buenos Aires. Aquí las distancias son un problema y los ómnibus (autobuses del transporte urbano y suburbano) von como «sardinas en lata», con frecuencia viajando la gente en los estribos. Ello es debido a que «no hay ómnibus que alcancen» aunque la flota de los ómnibus sobrepase las mil unidades: la red a cubrir es tan extensa que el viajero europeo compara el modo de viajar montevidiano a los peores años de la segunda guerra mundial en Francia, por ejemplo, siendo la similitud evidente. Si se vive en la periferia de la ciudad, las más de las veces hay que viajar hasta quince kilómetros apretujado en los pasillos. Lo mismo ocurre en Buenos Aires.

Para ir a casa de Relgis debo viajar 7 kilómetros en un ómnibus de CUTCSA (Compañía Uruguaya de Transportes Colectivos, Sociedad Anónima) y luego unos 10 en otro ómnibus de UCOT (Unión Cooperativa de Obreros del Transporte). No se engañe el lector: se trata de una cooperativa estatizada y autoritaria. El ómnibus 300 de UCOT que va de Cuchilla Grande al Cementerio Central me acerca a casa de Relgis. Es un ómnibus de color amarillo que ya han «acuchillado» los guapos uruguayos. Nosotros que nada tenemos de «guapos» y que con Florencio Sánchez en sus *Cartas de un Flojo* más bien deseamos ser «flojos» vemos estos actos de barbarie desconocidos en Europa. No creo que en Barcelona o en Madrid nadie acuchille el cuero de los asientos de los coches del metro o del transporte de superficie. Acá es tan común la cosa que los coches de la nueva flota de AMDET (Administración Municipal de Transportes) tienen los asientos de «chapa pelada» y por consiguiente «a prueba de cuchillo». Estos «guapos» también acuchillan los asientos de los cines. ¡Lindo caso de patología en la fauna bípida montevidiana!

Bajo, pues, del ómnibus en la calle Gonzalo Ramírez, esquina Gaboto. En el n° 903 de esta última calle vive Relgis. La cosa no es un secreto, pues consta en todos sus libros de la última época. Hay que caminar sólo una «cuadra». Tampoco se engañe el lector: una cuadra es la distancia que hay de una a otra esquina en una calle. Generalmente las «cuadras» montevidianas no van más allá de los cien metros. Y en esta breve distancia me acude a la mente el caso de Giovanni Gaboto (1450-1498), al que los sajones llaman John Cabot y nosotros Juan

Gaboto. Ilustre nauta genovés que exploró costas atlánticas norteamericanas. Eran los tiempos de los grandes descubrimientos geográficos. Aunque mucho hay aún por recorrer en nuestra hermosa Tierra, ahora estamos en la iniciación de los grandes descubrimientos astronáuticos: en mi infancia *La Pluralidad de los Mundos Celestes* del poético Camilo Flammarion parecía cosa de fantasía. Hoy *Los Primeros Hombres en la Luna* de Heriberto Jorge Wells es ya algo que parece anticuado. ¡Signo de los tiempos! Pero la verdadera esencia en la búsqueda de otros mundos está aún en el tapete. No se trata ahora de distancias geográficas o siderales, sino de ir en pos del *Nuevo Mundo de la Fraternidad Humana*, ideal que quedó postergado en las catacumbas cristianas de Roma y que los libertarios de los siglos XIX y XX llevan en su corazón. Y aquí si que es argonauta el amigo Relgis, expertísimo con su humanismo a prueba del tiempo, que él tan generosamente ha nombrado *Humanitarismo*.

ESTAMOS en invierno austral (no confundir con el boreal, pues el verano europeo equivale al invierno uruguayo, siendo julio y agosto los meses más fríos del año) y es un día frío. Aunque Montevideo no tiene un clima extremo, siendo la nieve cosa de postales navideñas y que rarísima vez aparece en las calles (en un siglo no llega a cinco o seis veces), el clima es de lo más malsano para el inadvertido que sienta sus reales en esta ciudad. Es tan variable la temperatura que a veces en un sólo día hace tiempo de las cuatro estaciones del año. Hay que tener siempre ropa de abrigo a mano, «por las dudas». Cosa es, pues, antes de subir a casa de Relgis el tomarse un cafecito en el café que hay en la esquina de su casa. Un pequeño café que no tendrá cinco metros por cinco. El «patrón» es un hombre semigordo y tranquilo. Hay dos parroquianos que están hablando de Checoslovaquia (las tropas rusas y sus aliadas acababan de penetrar en dicho país). En general los comentarios coinciden con los de la calle, que son de repulsa unánime contra los bolcheviques rusos. Solamente el diario *El Popular* (por cierto, bastante impopular) de factura bolche-moscovita defiende el «malón» (palabra rioplatense que indica invasión). Los jovencitos atraídos por la propaganda moscovita, asegura uno de los parroquianos, deben estar desconcertados, pues éstos siempre hablan de «la autodeterminación de los pueblos» y otros esloganes para captar mentes impresionables. Mientras saboreo el bienvenido café, sentado ante una peque-

ña mesa, miro el poco «panorama» visible, hacia afuera. Donde antes había un jardín a escasos cien metros de lo de Relgis, están construyendo ahora imponente cuadrilátero que abarca toda una manzana: la futura sede de la embajada de los Estados Unidos de Norte América en el Uruguay. No es un edificio tipo rascacielos, pues no va más allá de los cinco pisos, pero bajo la superficie parece tiene otros tantos. A la derecha, la visual queda cortada por la segunda parte (por unos años postergada) del importante edificio que tiene el doble de altura que el edificio donde vive Relgis (no recuerdo si cinco o seis pisos), pues yo nunca fui más allá del cuarto, donde vive Relgis. De modo que entre la futura sede diplomática y el edificio a la derecha, la visual se estrecha para contemplar las aguas hoy fangosas del Río de la Plata, cuyas orillas están a unos cuatrocientos metros: en ellas está la rambla costanera con una «vereda» (acera) de tal amplitud que bien quisieran tener para ellas ciertas calles pueblerinas europeas. Aquí y allá cerca de lo de Relgis surgen pequeños rascacielos. Tal es la zona «progresista» donde vive, cerca del Parque Rodó y de la Playa Ramírez. Este parque lleva el nombre del ilustre pensador y maestro uruguayo José Enrique Rodó, cuya hermosa obra *Ariel* es un canto a la Latinidad frente al «utilitarismo» sajón. En él tiene hermosa estatua Rodó y también hay un gran busto de Florencio Sánchez. La juventud de hoy se inspira poco de estos dos «grandes» del Uruguay (Sánchez siendo uno de nuestros precursores). Juventud envejecida a los veinte años, con ansias de cintura para abajo, lo cual hace pensar en la **Juventud** (no leer juventud) que ridiculizó nuestro compañero Leoncio Laso de la Vega (un ex-cura andaluz que se hizo anarquista y que en Montevideo murió a principios de siglo, el célebre autor de *El Morral de un Bohemio*). Juventud, por otra parte, desorientada completamente por los exabruptos marxistas que han «inundado la plaza», y que por norte tiene al tal Castro y al «Che» Guevara. Esperemos que los jóvenes vuelvan a ser Jóvenes y que su jovial rebeldía pueda impulsarse hacia la libertad, único norte hacia el cual debe tender **Juvenilia**. Siendo como es el bolchevismo el factor más regresivo y contrarrevolucionario de los tiempos presentes, da lástima ver a los jovencitos metidos hasta las rodillas en ese pútrido pantano.

Bueno, reconfortado por el café, cosa es de subir a lo de Relgis. El portal de la casa está cerrado. Hay que hablar por esa especie de teléfono que hay en estas casas «falanterianas». Toca uno un botón y le contestan en seguida. Quien contesta ahora es Ana, la buena esposa de Relgis, pues éste siendo sordo, no puede atender tales llamadas, como así las del teléfono que hay en su apartamento (el piso está compuesto por dos y en el n° 7 viven los Relgis). Ana me deja pues «vía libre» y detrás de mí vuelve a cerrarse la puerta. En realidad, comparadas con otras casas hormigueros, ésta es bien modesta: a lo sumo vivirán diez o doce familias. Yo confieso que no me gustan estas viviendas colectivas. Creo que a Relgis tampoco, pues vino cierta vez a dónde yo vivo (nada de sótanos y alturas, pu-

ra planta baja y tierra firme, jardín lindero lleno de flores y huerta con frutales preludiando todo), me dijo: «¡Yo siempre deseé vivir así!» Aun debo confesar que tal manera de vivir no es agradable para los «modernos» que desean la vida muelle de la civilización: auto en el garaje, televisor en la cocina, etc. Nadie va contra la «civilización» entre comillas, mas el caso es saber qué suma de libertad es requerida con la vecindad de estos mecanismos y artefactos.

UN pequeño ascensor de la Compañía Norteamericana Otis me asciende hacia el cuarto piso. En Montevideo abundan los ascensores «Otis», los cuales hacen recordar al inventor norteamericano Elisha Graves Otis, inventor de un sistema de seguridad para tales elevadores. Llegado al cuarto piso, allí ya espera la mayoría de las veces el buen Relgis a sus visitantes. Con la cabeza inclinada ligeramente, alarga su fraternal mano. Entramos en su vivienda. ¿De qué se compone la misma? Dos habitaciones, una pequeña cocina, un diminuto vestíbulo y un no menos pequeño «cuarto de baño» (que por tal se entiende en el lugar al excusado). Un ventanuco de la cocina da a la calle Gaboto. Esta cocinilla que no tendrá más allá de metro y medio de largo por un poco más de un metro de ancho parece cosa de los liliputienses que encontró Gulliver en su célebre viaje. No se vaya a creer que el vestíbulo es, al contrario, algo de los laputienses del mismo viaje de Swift, pues no es mucho más grande. Como «moblaje» una vieja heladera y un aparador, además de una mesita con el teléfono. Las dos habitaciones dan a la calle Cebollati, pues el edificio de los Relgis está situado en la misma esquina de las calles Gaboto y Cebollati. Entramos en la «pieza» (habitación) que podríamos llamar sala, aunque también oficia de comedor y hasta de lugar de reposo, pues hay en ella dos sofás grandes. La mesa para comer es de tamaño normal. Hay un gran armario ropero, donde los Relgis deben guardar sus ropas. Dos estantes repletos de libros, diríamos desbordantes, pues ya no pueden contener más. Un busto de Relgis, algunos hermosos cuadros colgando de las paredes, una artística planta de interior en una maceta y un amplio ventanal que suplanta casi a la pared que da a la calle, notable «abertura» que una cortina metálica, movediza y plegable controla la luz y el calor. En el estante cerca de esta ventana hay libros queridos para Relgis, los que pudo traer de Rumanía cuando emigró al Uruguay, exiliado. Viejos libros de Han Ryner, dedicados por este «Mago del Pensamiento», de Gérard de Lacaze Duthiers, de Manuel Devaldés y otros amigos suyos hoy ya desaparecidos. También el capítulo sobre **La Propiedad** del libro famoso de William Godwin titulado **Investigación Acerca de la Justicia Política** (traducido al chino y publicado en forma de artístico libro, a la vez que dedicado por el Prof. Wong). El estante cercano a la puerta encierra asimismo grandes tesoros. Esta habitación es la preferida de Ana.

Mucho se ha hablado y no menos se ha escrito de Eugen (Eugenio) Relgis. Pero poco se ha habla-

do o se ha escrito de su noble esposa, una mujer también muy grande por su bondad y por su gran corazón. Como esto lo escribo en mi casa, me viene ahora a la memoria lo que cierta vez escribió otro famoso abuelo (en este caso Anselmo Lorenzo) sobre mujeres semejantes. Agarremos, pues, el libro en cuestión del gran Lorenzo y copiemos. Pero, antes, ¿de qué libro se trata? Pues de *El Pueblo* editado a principios de siglo por la Editorial F. Semper de Valencia y prologado por Pedro Kropotkin. Veamos la página. Aquí está. La 171, en la que Lorenzo copia a su vez lo que el sabio químico francés Berthelot escribió cuando murió su compañera. Veamos: «Si un hombre ha sido grande en la vida, si esta vida ha podido ser consagrada por completo a un ideal de ciencia o de arte, débese muy frecuentemente a que logró hallar una compañera abnegada y cariñosa que, en derredor de sus meditaciones y de sus ideales, creó la atmósfera de calma propicia al desarrollo de su genio; a que halló la mujer amante y protectora que separó de su lado los cuidados mezquinos, le estimuló al estudio y le recompensó con su amor; a que fue su consejera, en muchos casos su colaboradora y su guía, y quizá en un momento de decaimiento y vacilación quien le libró de hundirse en la sima mortal del escepticismo. ¿Quién sabe a costa de cuántas privaciones, de olvido de sí misma, de sacrificio de sus gustos y de sus inclinaciones, pudo el genio crecer como un árbol y extender esa frondosidad tutelar a cuya sombra las generaciones futuras gozarán de la inefable dicha de vivir en paz y libre satisfacción de sus necesidades morales y materiales? ¿Quién puede apreciar la participación de esa colaboradora discreta en la obra que la fama atribuye solamente al hombre?»

NOS queda por detallar la habitación principal, la que podríamos llamar de Relgis y la que conocen generalmente todos sus visitantes, esparcidos por varios rincones del mundo. Pues por ella han pasado japoneses, norteamericanos, europeos, etc. Prominentes escritores libertarios, pacifistas asiáticos, modestos obreros humanizados y hasta simples curiosos. El centro de esta habitación está ocupado por una gran cama matrimonial y se adivina que es lugar de descanso de los dos ancianos. En vez de mesitas de luz, un velador a cada extremo. Uno con varios ejemplares de las obras últimas de Relgis, el otro con revistas y periódicos. A un lado, en el suelo, un viejo portafolio rascado de cuero raspado indica su veteranía en el servicio de ir y venir a Correos: ahora, ventrudo, está recostado contra una de las paredes, la de la cabecera de la cama. La pared que forma ángulo con ésta y cercana a la puerta de la habitación, la ocupa casi toda un gran armario embutido, donde Relgis guarda su valiosa e inmensa correspondencia, cuya clasificación demandaría cuantioso tiempo y esfuerzo. La pared paralela a la cabecera de la cama está toda ocupada por la biblioteca de Relgis. Varios estantes y libros desde el suelo hasta el techo. Esta biblioteca no está protegida por vidrios. No llevan forros, cual estilan algunos es-

critores. Se trata de una biblioteca funcional, de labor, de consulta y para Relgis, algo muy querido, pues en ella está lo mejor de su mundo: el mundo de las ideas. Nos queda por relatar la última pared que, al contrario de la pieza vecina, tiene más bien una modesta ventana. Entre ésta y la biblioteca, la mesa de trabajo, una mesa común de un metro de largo por unos setenta centímetros de ancho. Poco espacio dejan en ella los manuscritos que forman ascendente pila, la correspondencia últimamente recibida, algunas publicaciones recién recibidas, etc. Con mesas semejantes, nuestros veteranos, los de la vieja guardia, los de las generaciones que se hunden en el pasado y nos dejan su luminoso legado a las que ahora llenamos el escenario del mundo, se comunican con sus hermanos de allende fronteras a través del epistolario, o a través de sus escritos. Para llegar a esta mesa hay que pasar entre los pies de la cama y la biblioteca en estrecho pasadizo. Más allá hay solamente dos sillas, una para el visitante, otra la del escritor. De venir alguien a terciar en la conversación debe sentarse en el borde de la cama cubierta por celeste «frazada» (manta).

Cuando Relgis se ve con alguna persona que recibe prensa libertaria del exterior, en seguida vienen las averiguaciones. Si se ha recibido tal o cual número de «Umbral». Si ha llegado tal número de la revista CENIT. Si se ha visto el número tal de los «Cuadernos de Han Ryner». Si llegó la revista «Tierra y Libertad». Y el visitante contesta afirmativa o negativamente. Entonces Relgis hace saber que recibió o no recibió tal o cual ejemplar. ¿A qué se deben tales preguntas? Pues muy sencillamente: el correo del Uruguay es uno de los peores del mundo. Empecemos por decir que los impresos son secundarios y se reparten cuando se puede si... se reparten. Que las mismas cartas se pierden o se sustraen. De ahí las angustias de un escritor como Relgis para el que tanto la prensa como la correspondencia es algo vital. El verdadero pan nuestro de cada día. ¿Se desea un botón de muestra? Boris Yelensky, un compañero ruso de la época de Volin, que vive en Miami, ya octogenario, me envió el 30 de enero de 1968 su hermoso pequeño gran libro sobre la «Cruz Roja Anarquista», es decir, la obra «In the struggle for equality» (En la lucha por la igualdad). Fue un don generoso y nada sabía yo de dicho envío, que el correo de acá tuvo a bien entregarme el 6 de setiembre del mismo año. Cuéntese y dedúzcase. Tardó en llegar la friolera de siete meses y seis días. Pero en vez de blasfemar contra esta deficiente y exasperante institución postal, yo me dije para mis adentros: Gracias que me llegó. En seguida me apresuré a escribirle a Yelensky para indicarle lo sucedido, pensando que tal vez hubiera creído que hay personas desagradecidas que tardan en acusar recibo de lo que generosamente se les da. Y estos señores del correo, ¿por qué proceden así? No me vengan con el cuento de que éstos son obreros. Primeramente trabajan cuatro horas por día. Pásese revista y cuéntese con los dedos los correos del mundo que trabajan cuatro horas diarias: son pues unos privilegiados.

La mayoría tienen otras preocupaciones, caso muy común en el Uruguay (la duplicidad de tareas). Por cierto que como el correo es en dicho país una institución del Estado y el tal Estado está en crisis, sobre todo para pagar a sus empleados o servidores, los señores del correo andan mal pagados. La emprenden, pues, con el usuario que nada tiene que ver con el asunto. Nadie va a oponerse a que hagan justas reclamaciones (de haber justicia, los que tienen doble trabajo lo dejarían para los que no tienen ninguno) y que éstas sean satisfechas. Pero de ahí a hacer desaparecer la correspondencia o a entregarla de la Ceca en la Meca, media un abismo, pues empleando un símil religioso, la correspondencia es sagrada y carecen del mínimo de los derechos para interceptarla o retardarla.

RECAE la conversación sobre Checoslovaquia, tema del momento. Merced a un aparato para sordos regalado por una exilada cubana, Relgis oye esta tarde nitidamente y no hay necesidad de escribirle lo que uno desea expresarle. Tercia en la plática la buena Ana, temiendo otro «malón comunista» en Rumania, que se ha liberalizado un tanto. Y en seguida los Relgis me enseñan la hermosa revista (en realidad un libro mensual de 300 páginas) de Bucarest titulada «Siglo Veinte», donde el empalagoso e indigesto Marx brilla por su ausencia total. Todos los escritores rumanos del pasado o de escritores apolíticos de Occidente, páginas de Stefan Zweig, de Paul Valéry, etcétera. Hermosos grabados, impresión impecable, etcétera. Y ahora me alcanzan un ejemplar de otra revista rumana histórica, donde un autor ensalza la personalidad y las ideas de Panait Musoiu como verdaderamente socialistas. El viajero profesor Roberto Das Neves, que recientemente pasó por Rumania, supo por la prensa de la existencia de grupos anarquistas activos en el interior de dicho país. Parece ser que hay cierta corriente en Rumania que quisiera «romper amarras y desligarse por completo de la entorpecedora tutela moscovita. Poco a poco la cosa irá ocurriendo en todos los satélites y en la misma Rusia, cuyo pueblo fue el principal defraudado, engañado, estafado y vejado por la radiante promesa que significó la Revolución Rusa de marzo de 1917. La llamada «Revolución de Octubre» fue la tumba de la primera. Es natural que estos amables ancianos, los Relgis, hablen al interlocutor de la Rumania de su infancia y de su juventud. En ella forjó Relgis en su mocedad sus nobles sueños de una humanidad mejor, en ella escribió de joven sus famosos «Principios humanitaristas» de fama mundial, de ella partió un buen día Relgis para hacer un hermoso periplo europeo, entrevistándose con lo más representativo del libre intelecto europeo, cual cautivadoramente nos lo relata en su magna obra «Doce capitales»; y de la latina y balcánica Rumania partió Relgis luego de entronizarse allí el totalitarismo bolchevique, rumbo a otras tierras que le pudieran ofrecer el pan de la libertad, de esa relativa libertad que se goza en Occidente. Al momento Ana se levanta y se aleja. La conversación sigue sobre Checoslovaquia, rela-

tando Relgis episodios de cuando pasó por la ciudad de Praga en otros tiempos. Hago ya saber que he leído en la revista «Reconstruir» núm. 55 un notable trabajo sobre «Kafka y el anarquismo» escrito por el Dr. Mijal Levi. Al parecer el escritor Franz Kafka, que nació en Praga en 1883 (murió en 1924) inspira parte de su obra en las ideas libertarias. Luego le digo a Relgis que se ha reeditado en inglés la obra de Tomás Garrigue Masaryk titulada «El espíritu de Rusia», cuya primera edición ya apareció en 1919, en la que describe el movimiento socialista ruso en tiempos zaristas y dedica muchas páginas a Bakunin.

Relgis me pregunta si he recibido el último número de los «Cuadernos de los Amigos de Eugen Relgis» que en Turín publica periódicamente el compañero Gaspere Mancuso. Al contestarle afirmativamente, Relgis me habla de la realización de Mancuso, trabajo de un solo hombre, con medios escasos y circunstancias a veces adversas. Hay que oírle a hablar a Relgis de Mancuso para comprender cuánto valora y estima la obra de este joven italiano que, ahora en 1968, ha logrado publicar el librito de Relgis titulado «La literatura, el arte y la guerra», editado por las Ediciones del Libro Acuerdo. En la portada vemos una foto con la máquina de escribir portátil de Mancuso y unos libros, la que volvemos a encontrar en las páginas interiores, como así otra foto retratando muchos libros y folletos de Relgis. También hay un retrato del autor, su bibliografía completa y el texto traducido al bello idioma de Dante ha sido publicado con cuidado. Una bella realización. Mientras ojeo y hojeo este bello librito ya Relgis agarra un ejemplar y me lo dedica. Al entregármelo leo: «A Vladimir Muñoz, fraternalmente, este ensayo de crítica literaria y social, publicado en original rumano, hace medio siglo (1919) y todavía actual, después de la Segunda Guerra Mundial, 6 de julio 68. Eugen Relgis. Montevideo». Si se llegaran a publicar un día las dedicatorias afectuosas y generosas de Relgis, reunidas en un florilegio, se vería asimismo, cómo en ellas, surge su aroma humanitarista. Y Relgis lleva una lista de cuantos libros o folletos ha donado o enviado y a qué direcciones han sido dirigidos. Hombre meticoloso, también lleva una lista de cuantos artículos, reseñas de sus libros o folletos, ensayos, etc., se han escrito sobre él. Como, de la misma manera, tiene una lista de cuanto ha publicado y en qué publicaciones. Los bibliógrafos del futuro no tendrán, como vulgarmente se dice, que «romperse la cabeza» buscando datos para escribir la bibliografía de Relgis, pues este cuidadoso anciano lleva anotado desde su primer artículo en la ya lejan amocedad rumana hasta el último que ha llegado a su mesa de trabajo.

DE repente se acerco Ana y se sienta en el borde de la cama. Cuando Relgis termina de hablar me pregunta por mis pequeños, que ella quiere mucho. Luego habla de su Rumania natal, de filosofía. ¡Hay que ver con la deferencia y silencio con que escucha el mismo Relgis! Es, sobre todo, un hombre silencioso que sabe escuchar. Al cabo de un rato, se levanta Relgis y se aleja. Ana, en

rápida ojeada me habla de la Edad Media, del reformador checo Juan Huss. Sus continuadores los husitas tuvieron algunas tendencias libertarias. Expone Ana una teoría sobre el ciclo de la historia extraída de la filosofía de aquellos lejanos tiempos: toda la parte debe necesariamente llegar de nuevo al punto de partida. E incluso en el astrólogo y doctor Nostradamus, extrae Ana enseñanzas liberadoras. Ahora se acerca Relgis con un «cafecito turco» por él preparado. Me había olvidado en decirle que ya había tomado un cafecito en el café de la esquina. Saboreemos, pues, este otro, que los Relgis preparan tan bien. Estos simpáticos ancianos de raza judía, no tienen por qué ocultar su simpatía por el café, cual lo prepara una raza árabe. Lo cual hace recordar al filósofo Martín Buber (divulgador de las enseñanzas manumisoras de nuestro filósofo socialista libertario Gustav Landauer), que siempre bregó por la hermandad árabe-israelí. Yo que, a decir verdad, entiendo poco o nada de cuestiones alimenticias, de sabores y gustos en las comidas o bebidas, nunca bebí un café mejor y más sabroso que éste que preparan los Relgis «a la turca».

Al cabo de un buen rato, termina Ana con su exposición filosófica que, más que diálogo, fue monólogo, y se aleja, pues debe prepararse para salir a ver otras amigas con las cuales tiene una «rueda» o una «peña» intelectual. Y decir aún que hay quien cree que la mujer es inferior al hombre en eso del pensar. Nada de eso existe en la realidad, como decía María Lacerda de Moura, «la inteligencia no tiene sexo». Ahora quedamos, pues, de nuevo, Relgis y yo mano a mano. Empieza a hablarme del libro de sus encuestas que va a publicar «Tierra y Libertad», de México. Parece ser que B. Cano Ruiz, quien está a cargo del mismo, desea hacer una buena edición ilustrada. A tal efecto, le ha solicitado algunas fotografías que tiene, algunas, y otras no. De las que le faltan yo solamente tengo la de Louis Simon (el animador de los «Amigos de Han Ryner», de los cuales es Relgis el representante en el Uruguay) y trataré en buscar la del doctor Lazarte (escribí a Campio Carpio al efecto, quien a su vez escribió a la esposa del Dr. Lazarte, la que luego envió directamente una fotografía). Relgis está muy contento con este nuevo libro suyo que le editan los libertarios españoles de México, pues él ya se ve en inmensas dificultades para editar el resto de su obra en Montevideo. La carestía de la vida le impide reservar algunos céntimos para las ediciones que, dicho sea de paso, alcanzan precios fabulosos. Hay bien un editor (o había, pues se fue a Venezuela) que en otros tiempos simpatizó y actuó en los medios libertarios, el editor de las

Ediciones Alfa que le prometió por tres veces editarle un pequeño libro, pero que no pudo hacer al parecer nada.

Hablando de su próximo libro en «Tierra y Libertad» nos viene ahora a la memoria el librito de las cartas de Joseph Ishill, que fue el último publicado por dicha editorial. Le hago saber a Relgis que recibí la traducción inglesa, de una extensa carta escrita en rumano por él y dirigida al literato rumano Israel Bar Avi, que reside en Jerusalén. Una carta en extremo interesante; Ishill relata toda su vida en Rumania hasta que emigró a los Estados Unidos. Para los libertarios es doblemente interesante en el sentido de que relata sus contactos con Panait Musoiu el más prominente de los libertarios rumanos, el animador de la «Revista Ideli». Relgis dice que hay que retraducirla al español para publicarla en la prensa libertaria nuestra, siendo de idéntico parecer quien esto escribe. Sobre el libro de Ishill le digo haber recibido una carta del profesor Roberto das Neves en la cual me dice que se está entusiasmando con su lectura y que piensa escribir una reseña del mismo para nuestro periódico «Dealbar», de São Paulo (Relgis me hace saber que ha cesado la aparición por falta de medios económicos) o en el periódico «O Protesta», de Porto Alegre. Este gran viajero, Roberto das Neves, va ahora al congreso de los libertarios en Carrara, luego al congreso esperantista ibérico, más tarde piensa «darse una vuelta» por Montevideo para charlar con los Relgis de su reciente viaje por Rumania.

Luego hablamos de mi próxima cronología, esta vez de la de Tolstoi. Una forma novedosa de presentar a nuestros precursores. La de Tolstoi será la duodécima. Me dice Relgis si he consultado a Edmondo Marcucci, el admirador de Tolstoi en Italia y se levanta de su asiento para dirigirse a un estante de su biblioteca, volviendo con tres libros sobre Tolstoi del autor citado. Luego de hojearlos brevemente veo que el más interesante cronológicamente es «Studi su Tolstoi», debido a las notas que lleva al final. Relgis me dice que me lo lleve para estudiarlas, lo cual hago, agradeciéndole. Muchas de estas notas (la mayoría) ya han sido compiladas por mí en otras fuentes, pero hay algunas originales. Este libro está dedicado por el autor: «A Eugen Relgis, avec toute sa sympathie, l'A. Jesi (Italia), mars 1949». El texto es casi todo relativo a la famosa «Sonata a Kreutzer», la famosa obra (La sonata a Kreutzer), de Tolstoi, referente al matrimonio autoritario. Al español se han hecho muchísimas ediciones, la de Maucci (Barcelona) fue traducida por Francisco Carles.

(Continuará)



LA FUENTE

por HAN RYNER

EN su vejez, el azar de sus caminatas llevó de nuevo a la tierra griega a Psicodoro el cínico.

Habiendo esparcido la fama el ruido de sus viajes y proclamado su sabiduría, muchos hombres fueron a rodearle.

Algunos le acompañaban por todas partes, haciéndose, un poco a pesar de su voluntad, discípulos suyos. Otros le escuchaban con curiosidad, una hora, un día o una semana; luego se marchaban moviendo la cabeza llenos de piedad o de admiración.

La mayoría al volver a sus lares declaraban que las palabras de Psicodoro eran incomprensibles como oráculos y que, más aún que Foibos, aquel filósofo merecía el nombre de Tortuoso. Y los griegos ingeniosos a quienes gustaban los enigmas acudían para escuchar al sabio y para tratar de abrir sus palabras cerradas.

Pues él no daba directamente consejos para la conducta ni decía con claridad las verdades físicas. Sino que, como un poeta o un viejo que hablaba con niños, les contaba fábulas y mitos. Muy a menudo olvidaba despojar a la lección de su vestido ingenioso y muchos comprendían solamente que aquello eran narraciones que les divertían.

Y, si le interrogaban, su respuesta empezaba casi siempre por esta recomendación:

— Escuchad una parábola.

Un día entre los auditores se encontraba otro viejo filósofo. Sentado muy cerca de Psicodoro, Lycón, baja la cabeza, escuchaba gravemente mientras la extremidad de su bastón trazaba signos misteriosos. Al centro mismo de aquellas líneas había la cara de un hombre que se parecía mucho al orador, pero tenía un dedo puesto en los labios cerrados.

Cuando Psicodoro se calló, Lycón, el viejo sabio a quien muchos creían mudo, preguntó:

— ¿Por qué hablas?

Y sin aguardar respuesta continuó:

— Nada es tan inútil como la palabra. Y nada a veces es tan malo. Las palabras que pronuncias son para las orejas vecinas, ruidos extraños y vanos. El sabio habla a los hombres con las palabras de su lengua que es un lenguaje que los hombres no comprenden. Las palabras tienen en sus labios un sentido lleno y noble; pero el espíritu de la mayoría de los hombres, como jarro de cuello estrecho, no deja penetrar los sonidos más que como paquetes a los que se les ha vaciado el contenido. Y en el infame jarro fermentan tales fetideces que todo lo que en él cae se convierte en podredumbre.

Más de una vez, oh, Psicodoro, he oído repetir las máximas que tú habías dicho noblemente para excusar o glorificar actos viles. Y tiemblo por haberme aventurado a decir algunas palabras, pues tal vez el noble precepto que divulgué ha servido o contribuido a determinar el gesto vil.

— De la misma manera el rayo de sol y la gota de rocío, alimento y miel en las venas de la higuera, se convierten en veneno en las flores de la cicuta. Numerosos rayos y gotas innumerables caen también inútiles, en el barro o en la roca. No obstante, oh Lycón, no podrás persuadir al sol de que se apague o al rocío de que se seque para siempre.

— Créeme, oh Psicodoro, ven a mi soledad en donde los pensamientos imitan a las flores a quienes el silencio abre. Miraremos juntos o uno después de otro las mismas cosas. Cuando nuestros ojos se encuentren cada uno amaré la belleza de la mirada amiga. Pero nuestras lenguas permanecerán inmóviles en la humedad feliz de la boca; y si la emoción es demasiado fuerte, nos estrecharemos las manos.

— No iré hoy a tu soledad, dijo Psicodoro.

Lycón se levantó pues, para marcharse solo, pero Psicodoro le detuvo por un gesto y por estas palabras:

«Me había detenido cerca de una fuente abundante y clara, cuyo chorro cantaba como una virgen. Algunos pasos más lejos, el sol faltaba bruscamente, al riachuelo; pero la cascada era un salto de alegría.

»Llegaba yo de países inferiores y conté a la fuente lo que había visto por allí abajo. La avidez de los hombres había dividido la noble ribera en canales rectilíneos; y su ligera limpidez la habían convertido ellos en una fangosa fealdad que pesada se arrastraba. No sé si la fuente oyó mis tristes advertencias; pero ella no respondió más que continuando su generoso movimiento y su canto.

«Algunos años más tarde volví a pasar por aquel lugar. Y vi abajo un nuevo espectáculo.

»Y subí en seguida a decirle a la fuente lo que había visto.

— «Oh fuente, decía yo, detente. Cesa tu inútil labor. Ya no puedes pasar.

»El ruido del agua sobre las piedras parecía reírse de mí.

— «Detente, oh fuente. Algunos locos han hecho de tu ida errante una muerte inmóvil. En el centro mismo de la llanura, tu río, detenido por un espeso y alto dique, se convierte en lago pestilente. Detente, oh fuente, pues te transforman, querida vi-

vificadora, en sembradora de enfermedades y de muertes.

»La fuente continuaba dando su chorro con la misma canción burlesca.

— »Oh, fuente, no des más agua. Pues algún día arrastrarás por la acumulación de tus aguas, el dique que los hombres han construido con piedras y con locura. Derribado el obstáculo por tu peso, serás impotente para retener tu caída fogosa y, en lugar de río fecundante, lanzarás sobre las llanuras la inundación y la desolación. Oh manantial, cuyas aguas son una risa continua, detén por favor esta risa, que terminaría por hacer llorar a los pobres efímeros.

»El manantial, sin responder, continuaba manando.

»Y yo me alejé, triste por su obstinación y por la locura de los hombres.

»Muchos años más tarde, volví a pasar por allí. El país había vuelto a cambiar de aspecto. El dique había desaparecido: Una ciudad bañaba sus pies a la orilla del río magnífico y dócil. Y el pueblo bebía el agua de este río que llevaba, como las mujeres llevan joyas, colores chispeantes y metálicos.

»Y los hombres morían numerosos como en los combates; pues, algo más arriba de la ciudad, ha-

bía, entre tenerías, no sé qué otra clase de fábricas que llenaban de bárbaros colores y de venenos aquellas aguas hasta allí aún claras y sanas.

»Subí por última vez al manantial. Y grité, con desesperado acento:

»— Oh fuente, oh inocente asesina, sábelo, la locura y la avidez de los hombres te han convertido en envenenadora.

»Pero el manantial continuó manando entre ruidos alegres».

..

Psicodoro se calló. Lycón, sin responder dió un paso para alejarse. Pero Eubulio, el más amado y el mejor de los discípulos dijo:

— De la fuente sólo dependía dar el agua que vivifica. Lo que se hacía con sus presentes no dependía de ella.

— Oye, exclamó Psicodoro. Ya lo oyes, Lycón: se da el caso de que a veces una palabra llega a ser comprendida por alguno. Ya ves: alguna vez hay alguien que sube a la fuente a beber con frescor y pureza. Pero todos aquellos a quienes mis aguas hacen mal, otras aguas en lugar de las mías les matarían. Todo el que consiente a continuar habiendo en lo bajo está destinado a morir envenenado.

Don Antonio cantado

por Rubén Darío,
era una
sonata
con son de luna
y de pura plata.

¡Fue un río
desde la cuna
y a un río
no se le mata!

El misterio y el silencio
nos ha acogotado a España.
Un español consciente es
una claridad tan clara
que hace reventar los pozos
sin cielos y sin mañanas.
Por eso les queda el dejo
de la timidez, sin manchas,
y en un altivo silencio
todo el silencio les canta.
¡Oh, luz que a mi pensamiento
incrusta esta voz alada!
(Lo combatirá la furia
del curita y la beata).

¡Oh,, sol de la buena fé,
sol que vuelve siempre al alba!
(Lo apresará la jauría
defensora de marañas).
Pastor del león rapado
y de la oveja esquilada:
¡los lobos, con esas pieles,
te han mordido las entrañas!
Conductor de tempestades
y mieles con tus palabras:
¡ve el torvo pavor que viene
con estrellas de hojalata!
Al imposible te echaron
ese amargor de retama,
e imposibles se nos ponen
todas las lunas de España!
Te ruego, Antonio, que estés
seguro de mis palabras:
somos tus brotes y vamos
en versos de finas aguas
a dar con el corazón
el grito que queda: ¡Aguarda,
Patria de Penas, que ya
nuestro amén de sangre salta!

ABARRATEGUI

POETAS DE AYER Y DE HOY

EL PATRON

(Paráfrasis)

En una isla perdida en el océano
la suerte colocó
un grupo de hombres jóvenes y fuertes
bajo el aliento cálido del sol.

Cuatro eran labradores de la tierra,
el quinto era el patrón
y decía a los otros con orgullo:
¿Quién os mantiene? ¡Yo!

Si — respondían ellos enjugando
las fuentes del sudor,
llenos de gratitud honda y sumisa,
poniendo suavidades en la voz —
¿Qué haríamos nosotros sin tu amparo,
bondadoso señor?

Y ellos se alimentaban de polenta
y cebolla. El arado con la hoz,
eran sus infaltables compañeros
desde la madrugada a la oración;
cultivaban la vid y los trigales
y los otros ganados del señor.

Una vez el hartazgo y la molicie
mataron al patrón
y los cuatro labriegos se encontraron
solos a su capricho. ¿Y que pasó?
Que el pan, antes vedado dio a sus cuerpos
desusado vigor,
y la carne y el vino fueron suyos
como suyo era el sol.

Entonces, trabajando mucho menos
y comiendo mejor,
palparon su derecho y comprendieron
la verdad de su antigua situación.
Eran ellos, más bien, los protectores
del holgazán que siempre los mandó.

¿Qué bestias hemos sido! — se dijeron
al recibir la luz de la razón... —
y libres, y felices continuaron
la emprendida labor.

José María ZELEDON

CASTILLA

1

Tu me levantas, tierra de Castilla,
en la rugosa palma de tu mano,
al cielo que te enciende y te refresca,
al cieo, tu amo.

3

Con la pradera cóncava del cielo
lindan en torno tus desnudos campos,
tiene en ti cuna el sol y en ti sepulcro
y en ti santuario.

2

Tierra nervuda, enjuta, despejada,
madre de corazones y de brazos,
toma el presente en tí viejos colores
del noble antaño.

4

Es todo cima tu extensión redonda
y en ti me siento al cielo levantado,
aire de cumbre es el que se respira
aquí, en tus páramos.

5

Ara gigante, tierra castellana,
a ese tu aire soltaré mis cantos,
si te son dignos bajarán al mundo
desde lo alto.

UNAMUNO